Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX — San José, Costa Rica — 1929 — Sábado 6 de Julio — Núm. 1

SUMARIO

Gente americana:
Teresa de la Parra

TERESA de la Parra ha de contar unos 26 o 28 años; no más. Es probable que Minerva haya sido como ella y no como Fidias la impuso a los ojos griegos, convencionalmente. Los dioses se acomodaban al cuerpo de sus fieles, con astucia, y el griego era moreno, como gente del vestíbulo del Asia, al cabo. El ojo sí fué verde. Más flexibilidad debe haber tenido también de la que le dieron. Menos gravedad, porque, si con una oreja oía el coro de Esquilo, con la otra atendía a Aristófanes y a los poetas risueños. Yo creo, pues, que Minerva se parecería a Teresa de la Parra si no la hubiera desfigurado el escultor para meterle en el gesto a Platón con el Egipto.

Teresa llega a la tertulia de los sudamericanos en París, que suele estar ardiendo al rojo-blanco en el comentario político. Teresa deja caer una expresión criolla. Teresa saca la conversación del cuadrilátero falso de «los principios». Cuenta la hacienda de Venezuela o explica una confitura de la mesa rural—mesa abraahámica—que es la del llano. La conversación tuerce la vereda; se calienta, se hace donairosa; se sudamericaniza a ojos vistas, como un faisán de la costa que saliese pluma a pluma de la masa del follaje.

Sin embargo, la que así acriolla la tertulia en veinte minutos, es una mujer vestida por Paquin o Ducet, y con la joya hecha para ella por el joyero de la Rue de la Paix. Su sombrero puede hacer volverse en la calle a Madame Sorel. Le da gusto al boulevard con cuanto lleva encima; costumbre adentro lo burla, quedándose con lo suyo. Es entera española de Caracas o hacendada del llano; tiene su folklore en racimo y lo ofrece en cuanto viene la ocasión; tiene su Eufemia, su Pastora, su Vicente Cochocho y su Daniel Vaquero enfilados en el papel-tapiz de su habitación.

Más gestos sudamericanos ha de tener todavía, que nos irá dando, si no se pone a mudar la veta novelística, con lo que haría mal.

De estos «afrancesados» que dicen los



Teresa de la Parra

embusteros de allá yo conozco varios. Ventura García Calderón con Lima y la sierra peruana acostadas en el ojo y que se le bajan al cuaderno en cuanto Miomandre o Cassou lo dejan solo, es uno de ellos; Toño Salazar anda con su Centro América en la punta de los dedos y me la pasa como una salamandra pequeñita al saludarme. Teresa se añade a estos del París pegadizo y la América clavada, que les dura.

Sigo con las probabilidades sobre... Minerva. Es posible que fuera ella, a pesar de la geometría de Euclides, un poquito popular, un poco ladeada por el coro mismo de la tragedia hacia el mercado de Atenas y metida en los grupos de los ceramistas. No es aventurarse mucho suponer que hablando no con el Homero que la ceguera hizo grandielocuente, sino con las mujeres de la calle estrecha de Atenas, usara jerga popular, pimentada de burla. Se parecía, pues, a la Teresa venezolana que conversa conmigo en París.

Mes de mi santo, este de abril, y mes de mi santo sin paisaje mío, que me salte al ojo cuarentañero sin acento, sin dejo mío en torno; con la lengua extraña rebotándome en la pobre oreja, y con una luz ajena también en la piel mía, que conoce los países por el ímpetu o el desabrimiento del sol.

A esta hambreadura de lo propio me llega el libro de Teresa, el segundo, el mejor.

Cuatro años entre la *Ifigenia* y las *Memorias de Mamá Blanca*, y un salto grande de la capacidad, como no se da otro, creo, en prosista nuestro. Durante este paréntesis, Teresa ha debido encerrarse con sus clásicos españoles, sobre todo con los anti-retóricos que son los mejores: sus Luises prosistas, su Santa Teresa y su Arcipreste, en intimidad bien apretada. De allí ha salido con este castellano limpio y fácil, como una arcilla blanca, como ese kaolín que suda la buena porcelana, que la lengua perfecta es como la sangre, en el correr sin atajo de arenilla por la vena breve y suficiente; y que esta sangre nutre sin alharaca, se acuerda una, de tarde en tarde, por escritores como Teresa de la Parra. Engaña la facilidad de su párrafo con que la lengua es función natural. No es eso sino en los adultos muy adultos del lenguaje; pero Teresa convence de que la facilidad que otros atraparon hacia la cuarentena, puede también llamarse «treinta años».

Con la facilidad, la gracia, un donaire no visto en escritura mujeril española desde que se nos murió Santa Teresa. Ya le dirán que su gracia es crío galo, una yema más, lograda en un extraño, de la ironía francesa. No hay tal. Es la pura broma teresiana, más desatada, porque la Santa estuvo siempre encorselada en la severidad de la profesión y no

podemos saber hasta donde hubiese llegado lo donoso de su escritura si no se hace monja. Teresa, la venezolana, no ha tenido por qué atajarse ni estropearse el don—cabalmente femenino—y esta es su ventaja sobre la monja.

Su burla de abeja buena, de una abeja que hubiese metido el agüijón en su propia cera antes de picar, no da la ortigadura. Puede una revolcarse en ella como en el trébol, sin sacar una mano escaldada. Ni un solo dedo.

María Moñitos, el capítulo en que Teresa se ha entretenido burlándose de sí misma como de una compañera—ni mal ni bien querida—es la página más juguetona que yo conozca. Pronto andará en los «Libros de Lectura» escolar, donde deleite a las *pebetas* de la edad de la Moñitos. Pero el Cochocho se planta en núcleo del volumen. El peón de los cien menesteres, médico, regador, doméstico y niñero, bien recordado por bien querido de la contadora, viene a ser la estampa madre de la obra aunque sean admirables las demás estampas que ella ha recortado de su memoria genial. (Existe una memoria genial por dinámicamente sintética y por precisa; la otra, la minuciosa y seca, es la plebe de las memorias, la *memorita.*)

Se ve al Cochocho limpiar las lajas; se le toca, agachándose, la zarzamora de la cabeza sin peine; se le huelen los olores rurales del cuerpo, cuando se mueve; se le celebra la bigamia, como un regazo de Abraham... en Caracas. Digamos sin tartamudeo que esta fisonomía llanera es una obra maestra del género *criollo*. Aclaro el adjetivo: tres criollismos literarios veo yo hacia la América: uno muy zurdo, apelmazado como la cabeza del Cochocho, con tierra, ballico y cardo; el primogénito de Martín Fierro, que carga como la pampa o el llano todas las finezas y las tosquedades (Shakespeare tampoco expurgaba en el terrón el motivo) y el criollismo de Teresa de la Parra en este capítulo, que se ofrece en una lengua más perfecta que el otro, sin que perfección diga aquí sobajeo. El párrafo de Teresa muestra una espontaneidad vigilada, como la que quiere la pedagogía nueva.

Con la gracia y con la facilidad, el tono acaba el triángulo teologal. El tono maravilloso coge al lector en el prólogo y no lo deja hasta el final; le ha mecido, le ha coqueteado, le ha regalado la oreja sin quebranto, en trescientas páginas.

Con toda conciencia de que el tono es su capitanía, Teresa alaba lo que tiene, sin vanidad, pues vanidad es dar por arribado lo que viene caminando...

«Si yo fuera novelista—dice—antes de comenzar un diálogo cualquiera, tendería siempre un pentagrama sobre la página. A la izquierda, como de costumbre, clave, tono y medida; luego, los compases con notas y accidentes, y abajo el texto; lo mismo que para el canto.»

El tono de Teresa se llama *folklore más clasicismo*, o bien, llaneza ingénita más elegancia decida. Yo le miro detrás del párrafo, asomadas en un mellizismo lindo, la cabeza de Perrault con la de Fray Luis de Granada. Con esa pareja se va muy lejos. Que no la pierda, que no la suelte desde ahora, ya que la ha cazado sagazmente.

Teresa me ha hecho pensar en las líneas paternas del tono. La unanimidad del tono se consigue en una obra cuando ya se ha dejado de caminar—camino, influencia—y que el escritor se ha sentado con sus adquisiciones acomodadas en la entraña. Posee su habla; el ulisismo se ha acabado; el negocio de pedir aquí, adquirir allá, se ha finiquitado con la solvencia.

Esto, hablando del tono en general. Ahora el de ella. ¿Cómo se ha logrado una tal uniformidad del tono en medio de la batahola magnífica de los tonos españoles y franceses que le danza en el oído?

Su buen sentido—gran cuerda usted, Teresa—la ha salvaguardiado de adoptar dos o tres; el mismo la ha hecho evitar tonos extraños a su raza. Al revés de nuestros afrancesados de Gualligaica o Puno, ella sabe que ni el tono Giraudoux ni el Valery le servirían, si no el que, en la hacienda venezolana, entró en ella con la leche, con la guayaba, con la confitura criolla, con el «sucedido» del «Cochocho». De algo más fino se ha dado cuenta: de que la criatura americana resulta de una confluencia entre la ciudad y la hacienda, y que la literatura americana debe salir de lo mismo.

En diez años de Francia se le había sumido, no perdido, el «dejo» nuestro. Lo ha hecho subir fácilmente, como el «Cochocho» las hierbas de las lajas. Cualquiera otro no le sería así de leal, Teresa.

Yo no sé si en su Venezuela se darán cuenta del tamaño de la narradora que les ha nacido y si le agradecen o no las abnegaciones de este arte doblado en arco sobre su país, trenzado con la costumbre suya, como el quintral con el álamo de Chile, por ventosa viva.

Si no hoy, mañana o cualquier día...

De mí digo que veo la lengua como el Donador del retablo flamenco, hombre maduro pero con la mano lozana, cada vez empinando el don nuevo. Esta prosa es la última manzana arrebolada que el Donador me da a morder y que lo muerdo con ímpetu en la dicha, Teresa.

Gabriela Mistral

(Tomado de la prensa hispanoamericana. Reproducción prohibida. París, Mayo de 1929.

Noticia de libros

(Se registran los que recibimos de autores o editores).

En el Archivo Histórico Diplomático Mexicano, figura con el N.° 2 esta obra:

Las Memorias Diplomáticas de Mr. Foster sobre México. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México. 1929.

Con un prólogo de Genaro Estrada, Director del Archivo Diplomático Mexicano.

Don Juan Trejos—caso raro y meritorio entre nosotros—acaba de publicar una obra de estudio:

Resumen de Psicología. 1929. Trejos Hnos. Editores. San José. Costa Rica.

Efraín Sáenz Cordero ha publicado un tomo de versos:

Contigo. 1929. Imp. Alsina. San José. Costa Rica.

Trae un Pórtico de Luis F. Ibarra.

De Mr. Paul Lelian, residente en La Cima, El Copey, hemos recibido dos folletos muy interesantes:

Resumé de L'Economie Sociale d'aprés les idees de Colins, par Agathon de Potter: Bruxelles, 1912.

Agathon de Potter: *Transition de l'appropriation individuelle du sol a son appropriation collective.* Bruxelles. 1903.

Manuel Gálvez (Viamonte 1287. Buenos Aires. R. A.), ha publicado la novela:

Humaitá, Buenos Aires. Libr. y Editorial «La Facultad». 1929.

Es la segunda de la serie de novelas: *Escenas de la Guerra del Paraguay.*

Fragmentos de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra, acaban de trasladarse al francés y al inglés. En dos tomos:

Gomez the shame of America

y *La tyrannie au Vénézuéla. Gomez, la honte de l'Amerique.*

Andre Delpeuche, editeur, Paris, 1928.

La escritora mexicana que firma *Loreley* nos ha remitido tres de sus obras:

Alas y quimeras. Editorial *Cvltvra.* México. 1924.

En la primera página, estas palabras: «A todas las mujeres de mi patria, que en la ambición de dinero y de gloria, corren locas tras la quimera, olvidándose de fincar un hogar, donde los hijos,—única razón del vivir—endulcen con sus risas inocentes, las amarguras de la existencia.»

Escucha... Edit. *Cvltvra.* México. 1928

y *Tentáculos de fuego.* Los Angeles, California.

Palabras iniciales de la autora:
Para ti, hermano obrero. Para ti que luchas por levantarte, grande y libre... va mi libro.
Ahoga en tus brazos potentes de voluntad y de fuerzas al monstruo del alcohol, al pulpo maldito. Ahógalo, y cuando lo extingas, entonces serás el dueño de tu pueblo, el digno de tu raza.

Adolfo Drago-Bracco, en Quezaltenango, Guatemala, ha publicado:

Colombina quiere flores... Teatro para niños grandes. 1928. Quezaltenango. Guatemala C. A.

Del Indice:

Colombia quiere flores... En la Noche mil y dos. La Danza de los Cerezos en flor.

De Max Henríquez Ureña, hemos recibido:

Tablas cronológicas de la Literatura Cubana.

Edic. «Archipiélago». Santiago de Cuba. 1929.

Algo muy bueno, ejemplar. Tanto, que similares a ésta, debieran hacerse las de los otros países de nuestra América. Hay un modelo: las que hizo de la Lit. Española el ilustre Pedro Henríquez Ureña, hermano de Max. Ojalá que estas *Tablas* lleguen a manos de Profesores jóvenes de Letras en Hispano América. Mucho tendrían que aprender e imitar en ellas.

Zaida Surâh (Olga Acevedo de Castillo) nos remite desde Chile su libro

Los cantos de la montaña. Imp. Nascimento. Santiago. Chile. 1927.

Nuestro amigo Víctor Andrés Belaunde, desde la Universidad de Miami, en donde es profesor, nos remite:

J. M. Polar: *Al margen.* Arequipa. 1929.

Polar es un distinguido escritor del Perú. Véanse las palabras liminares de esta obra:

He querido reunir en este libro algunas anotaciones escritas al margen de la vida.

Como se subraya en la lectura la página que despierta interés o que expresa el pensamiento hondo de la obra: así, semejante a lector desapasionado, anoto algunas veces lo que creo que me revela algo siquiera del sentido de la vida.

Mi filosofía—si es que puede llamarse filosofía—no es fruto de estudio profundo ni de conocimiento de los sistemas de los grandes maestros: es —ya lo he dicho— anotación marginal, expresión desordenada y trunca de lo que pienso acerca del mundo y de los hombres.

No me convencen los sistemas filosóficos encuadrados dentro del patrón rígido de una idea fundamental. No gusto de vestir de ropa hecha por famosa que sea la marca del fabricante.

Los virtuosos del pensamiento—los hay en filosofía como en arte—tacharán este libro de indocto y de falto de disciplina. Estamos conformes; pero es el caso que, por indocto precisamente, profeso la teoría del juez aquel que cuando le revocaban una sentencia, se levantaba de hombros y decía sin inmutarse:—«Cada cual piensa con su cabeza.»

J. M. Polar

Arequipa, 1.º de Abril de 1928.

Un novelista de Venezuela:

Rómulo Gallegos (Norte. 4-17. Caracas).

Nos ha remitido la última de sus obras:

Doña Bárbara (Novela). Edit. *Araluce.* Barcelona.

En Quito, Ecuador, don Carlos H. Endara, viene sacando una *Pequeña Biblioteca Ecuatoriana* muy apreciable:

Entregas publicadas que hemos recibido:

N.º 1. Juan Montalvo. —*El Heraldo de las Siete Catilinarias.*

N.º 2. Eduardo Mera. —*De lejanas tierras.*

N.º 3. Miguel Angel Albornoz.—*Sueños y Cantigas.*

Digna de alabanza y de imitación es esta empresa que difunde la ***Casa de Montalvo*** (Biblioteca de Autores Nacionales). Ambato, Ecuador.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores

---

Un libro de mujer

Leído de nuevo el libro *Souvenirs autour d' un groupe litteraire*, de Mme. Alphonse Daudet. ¿No hay una nostálgica filosofía en este generoso retorno al libro que hace dos o tres o cinco años mira desde el estante a su dueño pasar y pasar indiferente? Y sin embargo, a ese libro podemos deberle una emoción perdurable que ha venido trabajando nuestra alma secretamente. Pero ahora la lectura es acaso más fecunda. En todo excelente libro hay múltiples cosas que ayer no nos interesaron y que nos interesan hoy. Puede haber algo más; es acaso, este libro y no otro, el que nos conviene precisamente hoy para el orden del espíritu. Este libro tiene, sobre toda otra virtud, la de estar saturado de alma femenina. Pudiéramos hacer esta diferencia: no es el libro de una escritora, es el libro de una mujer. La obra tiene diversos sentidos. En primer lugar, da una impresión fiel de una grande época literaria de Francia, la de transición entre el romanticismo y el realismo. Después, podría servir hasta para formular una doctrina estética: aquí o allá hay dispersos juicios seguros sobre la obra de arte, con la ventaja de que tales juicios no son teóricos, sino vividos en relaciones íntimas y afectuosas con el artista y su obra. Pero lo mejor del libro, su propia esencia, lo que está dentro de él mismo, es el alma de una mujer. Hay dos cosas en la vida de Mme. Daudet que son como los centros de esa vida: su amor a su marido, el autor de *Cartas desde mi Molino* y de *Poquita cosa,* y su devoción de arte. En ella, estos dos intereses se unen o se compenetran o se completan. En otras personas, sucede todo lo contrario; en vez de una relación íntima, se produce una situación contradictoria. Es casi lo más corriente; la mayor parte de las vidas de artistas se encuentran bajo el sino fatal de esta tragedia: el mundo que viven es muy distinto del mundo en que sueñan. En Mme. Daudet, son un solo mundo. Su destino es uno de esos apacibles destinos de un ser humano privilegiado. Se inicia en un ambiente de poesía, porque sus padres son poetas ambos; se inicia recitando versos de Mme. Desbordes-Valmore, y sigue siendo su vida todo un poema. Léanse las páginas que dedica a su marido cuando él ya desaparece del mundo. Su queja es la de alguien que necesita el testimonio de un ser amado para perfeccionar su propio espíritu y su obra de arte. Ya no está aquél que la animaba «con su presencia mágica», «que la invitaba a amar la naturaleza, que moldeó su alma». Pues bien, esto, que es ternura y devoción y culto, trasciende espiritualmente hacia lo demás del mundo que han vivido ellos con tanta simpatía. Su hogar fué, pues, un hogar de arte y para el arte.

Lo apreciable en Mme. Daudet es que ella, tan sensitiva y al mismo tiempo tan discreta, nos revela el temperamento de su época. Ella nos da la medida de la impresión justa que produjeron en su momento los versos de Leconte o los de Sully Prudhomme o las prosas refinadas de los Goncourt o las primeras hojas palpitantes de realidad de Zola o de Maupasant. Todos ellos, como sombras amables, desfilan en la penumbra de ensueño que sugiere la lectura de este libro. Algunas intimidades de los artistas nos hacen asistir a pequeñas o sordas tragedias. Ella se sorprende ante estas cosas: el sentido que se ha creado de la vida es pura diafanidad. Ella cree que el poeta es o debe ser una criatura apolínea; ella se figura que el artista se diferencia de los demás mortales en la manera de apreciar las relaciones del mundo. Y más de una ocasión habrá tenido que llamarse a

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscrición y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Vienen	₡ 1045.75
Escuela de Sabanilla de Montes de Oca	6.85
	₡ 1052.60

la misma sorpresa: «Me sorprende a menudo, dice, que de una reunión de hombres superiores como mi marido, François Coppée, Edmond de Goncourt, Emile Zola no surja una conversación eminentemente espiritual o elevada, muy por encima de los intereses y rivalidades literarias». Ella está por encima de estos intereses y rivalidades. Sus juicios personales, sea sobre la persona del artista o sea sobre las obras de éste, aparte su exactitud de apreciación, revelan un deseo de defender algo adquirido ya por ella misma: un sentido superior y luminoso del mundo del espíritu. Creo que solamente hay una queja en ella contra Turgueneff. Este Turgueneff, este escritor cortesano, este pedante moscovita, no ha sido capaz de comprender ni el genio latino ni la amistad francesa. Pero después de esto, hay una unidad en los diversos juicios expresados que es de cariño y de admiración.

A veces es un perfecto bosquejo de retrato en el cual están indicados hasta los más sutiles matices. Por ejemplo, esta apreciación sobre Roberto de Montesquieu-Fezensac, casi un nombre dramático: «Pocos hombres de letras dan la idea de una distinción, de una aristocracia adecuada al talento como la de él, tan propia, tan expresiva, en su fina fisonomía, en la palabra contenida y vibrante, en el gesto elegante y preciso». No es menos brillante el juicio, más literario que personal, sobre Sully-Prudhomme: «Es una hermosa alma la de este poeta, concienzudo hasta el escrúpulo, su vida total de acuerdo con su arte, sumamente ponderado; y esa mirada de visionario que poseía desde su juventud, y ahora casi de sonámbulo, es la visión interior de un hombre preocupado meticulosamente en su espíritu». La autora ha realizado aquí su teoría de la relación entre la vida del creador y su obra de arte: también nos ha puesto en el secreto de su poder de penetración: ella ve ahora las almas. ¿Se puede, a fuerza de amar y a fuerza de admirar las cosas, iniciarse en su profundo sentido; es decir, ver las Ideas y no las formas? Ese don místico existe naturalmente en el alma femenina.

En estas palabras a propósito de Stephane Mallarmé, también aristocráticas en su origen, se insinúa el problema de la suprema elegancia en el lenguaje, que no es sólo severidad, sino gentileza y transparencia: «Qué distinción intelectual en Stephane Mallarmé; distinción acentuada por su voz suave y penetrante, su gesto preciso y que parece dibujar las palabras que pronuncia. Luego la perfecta cortesía, esta claridad de la frase hablada en tan grande antítesis con su frase escrita». Lo que sigue es coquetería pura: «Por momentos se traiciona en sus versos un joyero *amateur* de piedras raras, que él coloca una junto a la otra tan sólo para apreciar el efecto. Collar, cadena o anillo, él no sabe aún qué es lo que compondrá con ellas, solamente quiere poner al lado de la turquesa la esmeralda, el topacio a la par del rubí, harmonía o contraste de luces, reverberaciones o reflejos. Él ama las palabras por sí mismas y a menudo, una vez revelado su sentido, el verbo delicioso queda solo, se articula fácilmente y sin fin, y triunfante, mistifica al crítico». Si no ha nacido Mr. de Phocas, esta es una cuestión de tiempo; en este admirable juego de pedrerías frente al poeta, está su origen.

Su reverencia y casi amor en juzgar no tiene limitaciones. No cree ella que con eso reduce sus naturales afectos. En donde quiera que ella descubre un motivo de belleza o de piedad, ofrece un poco de simpatía, que muchas veces ha podido llegar a ser exaltación o consolación. Sus reminiscencias en que el motivo es una mujer, a veces una princesa, a veces una poetisa, son ejemplos de generosidad. Lo que dice de Mlle. Louise Read, la amiga fiel de Barbey d'Aurevilly, es como un verso en que hay un ritmo interminable: «ses cheveux si blonds aureolent une physionomie toute bonne et des yeux blonds aussi aux cils tres pâles dans la lumiere». Ella casi ilumina esos retratos de mujeres distinguidas. No le basta hacerlo con una diadema, sino que para darle al semblante mayor animación, pone en él o acentúa lo que hay en él de «radiosa sonrisa», como en el de Mme. Juliette Adam.

Lo que hemos llamado su doctrina estética es un conjunto harmónico de perspicaces observaciones de estilo. Pero el estilo en Mme. Daudet no es norma, sino espíritu. *Los Hermanos Zemganno* de Edmundo de Goncourt están definitivamente juzgados por ella: «un monumento de amor fraterno». Se puede ahondar más en otras de sus apreciaciones. A ella le complace hacer comparaciones, no para deprimir, sino para diferenciar. Una entre Zola y Balzac es excelente para ponderar el análisis de la obra del primero. En muchas de sus obras, Zola no es realista, pero en imaginación no supera a Balzac. Zola es realista en aquellas de sus obras como *l'Assommoir*, en donde el autor traduce observaciones y experiencias personales. Es buena advertencia esta y es la que explica, no tanto el fin de su escuela, como el fracaso de los que siguieron sus tendencias y no mejoraron sus métodos. El maestro escribe muchas cosas que él no conoce. Una observación semejante hemos leído de Bourget. Alguien dice, en forma más o menos atenuada: que basta leer alguna novela de Bourget para comprender que no es aristócrata. Una comparación entre Flaubert y Leconte de L'Isle, reproduce la situación contradictoria entre el verso y la prosa. La prosa se ha perfeccionado de tal manera en Flaubert que parece poder superar a la poesía acondicionada ésta por el ritmo y la rima. Lectora apasionada de Leconte, sin embargo, ella siente lo que realmente debe ser la poesía: esencia y pasión, interpretación de espíritu y de alma y abundancia y rápida sucesión de imágenes. Una comparación entre los hermanos Goncourt, muy amigos de los Daudet, no sólo hace comprensible el valor intrínseco de cada uno, sino el sentido de la colaboración artística: «Creo, dice Edmundo, que yo estaba hecho para la obra de imaginación, las grandes construcciones de libros, las aventuras, las sorpresas. Julio, más refinado, era el escritor estilista entre ambos, siempre buscando, corrigiendo, perfeccionando». Acaba de leerse los *Recuerdos de Infancia* de Loti. He aquí una anotación sobre el arte de escribir de éste: «una prosa sin arte aparente, sin extremo rebuscamiento, pero tan comunicativa de la impresión y de la idea que habría que temer un perfeccionamiento de esta manera inconsciente y que ahora es genial».

La lectura de estos recuerdos, que vienen a ser la reproducción de uno de estos medios intelectuales de Francia en que la sombra de una mujer elegante pasa por un jardín florecido recitando versos que pueden ser de Ronsard o de Mistral, nos hace pensar en cuántas agradables maneras es posible contemplar el mundo. O mejor aún, cuán agradable es para el espíritu contemplar el mundo a través de una alma diáfana. El libro nos pone en relación con preciosas vidas y con no menos preciosos espectáculos. Todo es bueno, pero un verso lleno de vitalidad y de harmonía se puede decir, al menos, que también es bueno, como lo es un cuadro o un canto, y en este libro hay de todo esto. Al cerrarlo, podemos aplicarle lo que la autora dice de una novela de Bourget: «conviene que una novela os deje una pequeña inquietud». Agregaríamos: o más de una inquietud; entre otras, la de saber en qué medida lo que dice un autor se integra en nosotros como fragmento de vida, como vida misma o siquiera como emoción. Posiblemente el pasado lo sentiremos mejor como novela, si la novela es sensación pura, y toda vida o todo momento, por grandes que parezcan, también son una novela. Por supuesto, siempre será preferible que estas novelas vividas nos sean narradas por quienes las hayan sentido, como idilio o como tragedia, con piedad y con amor. En Mme. Dauded el amor es el secreto de su arte.

Rómulo Tovar

San José, 18 de Junio de 1929.

Sud-americanos en París

«*Para mí, ciudadano de una pequeña villa y que ama permanecer en ella para que no sea más pequeña todavía...*» tal se expresa Plutarco de sí mismo en uno de los párrafos iniciales de la *Vida* de Demóstenes.

¡Ya en aquel entonces la lumbre de las urbes populosas alucinaba, y parecía de buen tono partir hacia ellas a participar de su arte, lujo y placeres! No desdecimos nuestro origen, nosotros, indoeuropeos, cuando suspiramos con los ojos puestos en París. Cuánta gente nuestra brega y acapara dinero con la ambición de evadirse de su patria pequeña e ir a sentar sus reales bajo el Arco de Triunfo. ¡Viajar! Deseo fecundo, naturalmente, cuando se parte para volver con acopio de experiencias. Este no es el caso que contemplamos: es el de aquéllos que, desdeñosos de sus coterráneos y del escondido rincón donde les tocó nacer, marchan rumbo a París para radicarse allí. De toda Sud-América llegan a bandadas. Son los adinerados y de cuando en cuando, los artistas a quienes se les hace estrecho el escenario de su suelo natal. Los primeros siguen usufructuando de las rentas que sus exhermanos les proporcionan. Para ellos se encorvan allá lejos los peones sobre la esteva del arado. Para ellos se continúa explotando las entrañas del terruño o de los montes patrios. Si por acaso alguna vicisitud le vuelve por temporadas o definitivamente a su aldea nativa, no hace otra cosa que dolerse de los gobernantes, de los impuestos y de la incultura ambiente...

Por cierto que la personalidad y el nacionalismo de estos emigrantes es bien escasa. Les es fácil imitar costumbres y habituarse a medios distintos, porque los propios no les trabajaron profundamente. Imitan con la facilidad del mono y del niño. ¿Que lo superior atrae? Sin duda. ¿Que esas sociedades ofrecen realidades más halagadoras? También es verdad. Pero ¿qué sería del mundo si los espinos de nuestros cerros pretendieran todos transformarse en acacias del bosque de Bolonia? La ilimitada variedad de las cosas y los seres es la gloria de la naturaleza y la fuente de sus infinitas posibilidades. En estos pueblos americanos estamos imitando ya por varios siglos. Lo propio nuestro se diluye. La flor que pudo brotar de nuestras razas tarda en abrirse a la historia del mundo.

¡Cómo desearíamos que los sud-americanos en París sintiesen al igual de Plutarco! Si comprendieran que su ausencia está debilitando más a sus pequeños países tan ralos de población, tan apocados espiritualmente y tan tardíos en descubrir la veta de su propio destino, acaso tornarían. ¿Tornarían? ¡Quién sabe!

Amanda Labarca

Santiago, Chile. Marzo, 1929.

Oblación

1

¡Señor! Hace tiempo que palpita dentro de mi corazón una alabanza, y hoy se eleva hasta Ti, amor, dulce amor mío, como una olorosa y azulada nube, porque incienso y mirras aromáticas es mi canto, y a manera de vuelo, porque mi alma tiende afanosa sus alas para poder llegar hasta Ti, ¡mi Dios! como Tú tantas veces has llegado hasta mí llenándome la vida de dulzores.

2

Bendito eres, mi Señor, porque diste fulgores y sombras a estas mis pupilas obscuras; con ellas he visto florecer las rosas y mirándose también mi amado en ellas, vió florecer sus esperanzas, y al contemplar yo las unas, y al sentir él las otras, brotó de nuestros corazones un himno, y ese himno fué amor! Y nuestro amor fué cántico y alabanza para Ti, Creador y Dador de toda espléndida primicia!

3

Eres bendito, Dios mío, porque en mi boca se anidó la risa, y con ella he llenado mi estancia de repiques argentinos, ahuyentando las sombras, a la par que reventaron los besos,—la fruta más jugosa y el vino de los vinos—dice mi amado, para aplacar su sed de caminante.

4

Y por tu gracia, Señor, mi vientre fué fecundo y maravilloso y prolíficamente germinó en él la semilla de amor, y cuando mis labios lanzaban ya una imprecación de angustia al sentir el desgarrón doloroso de mis entrañas, escuché el dulce lloro de mi hijo y aquella imprecación se tornó en llama, en música y perfume. Y fué entonces mi alma ante Ti, como antorcha que arde, como pomo de olores y como arpa herida!

5

Te bendigo, Señor, porque pusiste en mi alma esta divina comprensión de lo bello: porque buscando hallé el alma de las cosas; porque me he embriagado con todos los colores, con todos los perfumes y con toda armonía; porque gusté de todas las mieles y comí de todos los frutos.

6

Alabado y bendito, mi Señor, porque mis brazos han servido de cuna, y al tibior de mi regazo se adormecieron mis hijos, y bendito mil veces, porque ellos, de mis pechos recibieron la vida.

7

Gracias te doy, Dios mío, porque supe del dolor y el desengaño. Ambos, después de herirme se alejaron dejándome en las sombras; pero a medida que me punzaba el uno y me amargaba el otro, fué haciéndose en mi alma la aurora, y jamás como entonces fué tan cálido ni tan hondo y fecundo el beso de mi Sol. Y entre aquella apoteosis de luz, te bendije, Señor, porque nada has creado, ni el lirio de los valles, ni el áspid venenoso, que no sea para nuestro propio beneficio.

8

Tu voluntad sea siempre bendecida, mi Señor, pues ella quiso que la muerte se enamorara de las glaucas pupilas de una de las rosas que en mi jardín crecían y juguetona y suavemente se acercó a contemplarlas, y al darles el ósculo anhelado, las cerró para siempre!

9

Pero te doy las gracias, mi Señor, porque al dormir ella eternamente, se ahuyentó de mi vida el trágico temor a lo desconocido, y segura y apaciblemente mi barca impele vela hacia esa playa, sin temor a su arribo, pues los divinos ojos de mi muerta son como el faro sideral que iluminan la ruta!

y 10

Te alabaré, señor, eternamente, porque tuve una espléndida mañana, y porque ahora, al descender la tarde, me tenderé a la sombra perfumada y benigna de un árbol fuerte y de ancha copa que en mi estancia se yergue, y desde allí, sin temor, veré avanzar mi noche tibia y clara como de plenilunio, porque en mi alma ya se hizo la luz, y en mis ojos ya nunca se posarán las sombras!

Esmeralda Colombiana

San José, 9 de Junio de 1929.

La fuente

Soy una fuente de vida si alimento al Angel, soy una fuente de muerte si alimento a Satanás.

Soy la mujer.

Tengo un borde que circunda mis aguas y en él recibo la semilla que en mí ponen los hombres. Pocos conocen mis aguas. El borde del Mundo los deleita.

Alimento y nutro la semilla. Con aguas gloriosas si tengo Caridad. Con aguas claras si soy madre de generaciones limpias. Con aguas hirvientes, saturadas de ponzoña de muerte si soy instigadora de pecado.

Mi borde es atractivo siempre. Allí se detienen los hombres, pero cobardes abandonan la fuente. Los deleito, apago su sed y mis aguas brotan por seguirlos en su marcha.

Si en mi carrera loca no olvido el manantial de donde vengo mi amor a Él y a los hombres me hacen la marcha dolorosa. Sería tan dulce volver al manantial! Pero y ¿ellos? ¿Los que Él me confió? He de seguirlos presurosa, he de apagar su sed del Mundo y he de darles aguas gloriosas de Caridad.

Entonces abriré una brecha secreta y al oído les diré el misterio de nuestra causa.

No seremos dos cuerpos al llegar al manantial. Por siempre fundiremos nuestra esencia multiplicadora y hechos espíritu recorreremos las glorias del Universo.

Ella

San Louis, Mo.—Enero de 1929.

EL LIBRO DE UNA SUTIL CUENTISTA

La obra de Lydia Bolena tiene maciza contextura

=De *Mundo al Día* Bogotá.=

LYDIA Bolena, pseudónimo que ha logrado hacer célebre doña Julia Jimeno de Pertuz, acaba de publicar un lindo libro de cuentos; por su forma y por su contenido. Esta artista de verdad, no solamente ha sabido escoger las gemas para ofrecer al público un aderezo magnífico, sino el estuche para presentarlo. El libro está bien hecho, por dentro y por fuera, y debe sentirse orgullosa la escritora de este primer tomo de sus obras; porque *Comprimidos* lleva al pie de su mote el enunciante de que no será el único con que la cuentista barranquillera regale al público intelectual.

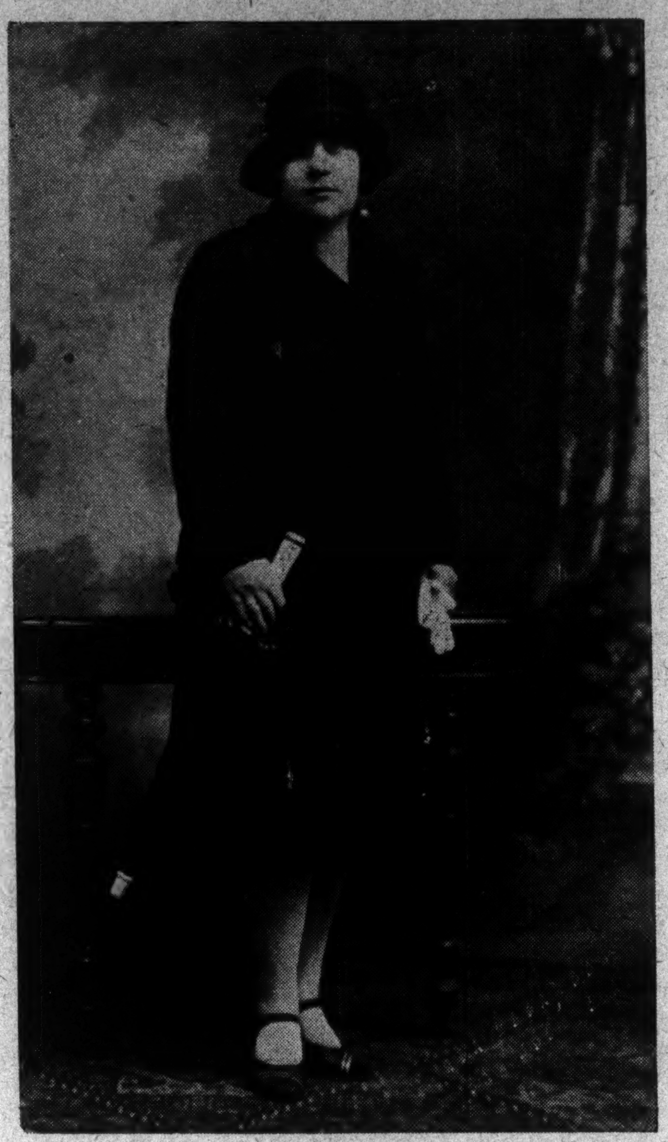
Lydia Bolena tiene un modo de procedimiento absolutamente propio. En el conjunto de sus cuentos se observa una armonía perfecta de técnica. Se comprende a primera vista que ella, influenciada por el espíritu francés, toma el bloque de que va a hacer su obra y, marcando trazos de una firmeza inequívoca, modela el conjunto con precisión absoluta para llegar al objeto propuesto.

Es de notarse el detalle de que esta escritora elude siempre la descripción; va al relato directamente y, por lo regular, prefiere empezar el cuento por el final. Esto en ocasiones da mayor interés al argumento, pero también a veces le quita importancia al conflicto. Es un procedimiento difícil de adoptar como sistema, tanto más para la presentación de una obra en bloque, porque a la postre, puede resultar monótono.

Pero la señora de Pertuz tiene una gran variedad de matices en su manera de contemplar los distintos conflictos; representa ella un cerebro bien organizado de mujer que, sin alardes bachillerescos, llega al dominio de la personalidad. Quien lea los cuentos de esta escritora, sin preconcebido alguno, los creerá creación de un cerebro masculino por la independencia y a veces la audacia con que están acometidos los temas y por la firmeza filosófica de los conceptos; por la sutil ironía que destilan algunos finales y por el fondo austero de enseñanza que encierran.

Es curioso, pero sucede que en el movimiento moderno literario, las mujeres están tomando una preponderancia tal, que van dejando al elemento masculino a muchas etapas de distancia; hasta tal punto que, en poesía, por ejemplo, únicamente resulta interesante lo que dicen las poetisas; representa una revelación por la franqueza con que están contando al mundo que no son solamente el elemento pasivo y mudo sino que saben amar, sufrir y gozar y, en la decadencia de las razas, se hallan dispuestas a tomar la iniciativa. El hombre, adoptando en su figura y en sus modales actitudes femeninas, acabará por ceder el campo de la primacía a la mujer material e intelectualmente.

La escritora de que nos ocupamos tiene un absoluto dominio del idioma. Sin hacer cursi alarde de conocimientos del léxico. Su frase es siempre sobria, cabal, rotunda, produce el efecto requerido; sin vacilaciones ni eufemismos va al fondo del asunto, como que siempre tiene algo importante qué decir. Ella posee la «difícil facilidad» alabada por los clásicos; se adivina al meditarla, que es una austera castigadora de la frase, para limpiarla de asperezas y superfluidades entorpecedoras.



Lydia Bolena

Hace algún tiempo escribimos respecto a un bello libro de otra escritora colombiana, la señora Blanca Isaza de Jaramillo Mesa, y entonces tuvimos ocasión de anotar el espíritu altamente pesimista que informa la literatura colombiana. Esta vez nos llama también la atención el que la mayoría de los cuentos que contiene *Comprimidos*, por no decir la totalidad de ellos, está impregnada de amargo desencanto: ya sea la ingratitud filial, el orgullo humillado, la crueldad de la vida, la ironía de la suerte o la amargura del triunfo; aunque, a veces, de esa misma hiel humana, extrae la más alta terneza consoladora, como en el bello cuento llamado *Lina*, en que la hermanita de la caridad es la madre cariñosa de los niños huérfanos.

Sería absurdo exigir una perfecta corrección en la obra humana, y así, no hay por qué extrañar que algunos de los cuentos de Lydia Bolena pequen de inverosímiles, sea en la colocación de los detalles o en el argumento fundamental. Por ejemplo, el titulado *Uno de tántos*; no hay para qué Leita de Omarte espere el momento del interrogatorio del cura para declarar que no se quiere al muchacho con quien va a casarse. Y a propósito de este cuento, el «Fulano de Tal» usado para designar el nombre que no quiere pasar por el trabajo de inventar, resulta antiestético, como aquello de marcar con iniciales solamente los nombres de pueblos y personas.

El argumento de *Una mundana* también resulta inverosímil: Claudia de Maroto abandona el hogar porque su marido comete la brutalidad de decirle que la ternura del matrimonio no puede durar sino «a lo más, un año,» y esta mujer tan delicada, que se subleva ante semejante crudeza, no halla inconveniente en hacerse «una mundana»...

Bien escogido el nombre del volumen. Evidentemente, cada cuento es un *Comprimido*. Hubiera dado con facilidad tema para una novela. Pero Lydia Bolena, millonaria de ideas, derrocha espléndidamente su tesoro; es modernista y sabe que el movimiento actual de la literatura no tolera largas tiradas. Y esta escritora tiene tal concepto del arte que a veces asombra con la audacia de sus temas. Ella, ante el argumento escogido, se nos antoja una valiente domadora de serpientes. Parece complacerse en jugar con el ofidio que se enrosca a sus brazos al sacarlo de la jaula de su ingenio, la azota nerviosamente con su cola enfurecida, le envuelve el cuello y cuando parece que va a clavarse el colmillo envenenado, ella, con magistral presencia de ánimo, domina el tema y tiende humillada a sus pies a la serpiente, saliendo airosa de la suerte. Tales sus cuentos *Gacetillas insignificantes*, *Aguinaldos*, *Hilo roto*... Pero este último y que nos lo perdone la artista, es el más defectuoso del volumen, porque, por encima de lo subido de tono de su argumento, es falsa la brutalidad del médico que va a hacer semejante propuesta en un momento tal, pudiendo, si es que tenía tan bajo nivel moral, dejar morir al esposo de la mujer amada, granjearse la gratitud de ésta y, más tarde, hacerla su mujer, si es que la amaba hasta el extremo de que le costara la vida el desengaño.

Nosotros, que hemos cometido el lamentable error de escribir cuentos para el público, sabemos cuánta es la dificultad con que se tropieza muchas veces para hallar un final airoso; no nos extrañamos de que algunos de los de Lydia Bolena se encuentren algo ilógicos. Ya que estamos ensayando la crítica de ellos, señalaremos algunos, por si la observación sirviere para la segunda edición del libro.

Las últimas dos líneas del *Cuento blanco* dañan el final por superfluas, a más de ser de una filosofía muy pobre. *Ardina*, confeccionado a la inversa, resultaría una novela muy interesante pese a cierta semejanza con algún cuento francés, que nos ha traído a la memoria. A *El colega* le falta enredo, el lector se queda desconcertado; ha esperado que existiera alguna conexión entre el padre Juan Ryner y el misterioso tocador del órgano, y al cabo nada sucede. *Dos cartas* resulta demasiado sutil, apenas esbozado.

Pero, es preciso confesarlo nuevamente: la totalidad de la obra es admirable. Esta artista de corazón tiene el secreto de la emotividad. Con dos trazos vigorosos pinta una tragedia espeluznante, lo mismo que un personaje vivido. Así, sus cuentos *Un brindis* de originalidad perfecta, deja en la garganta la crispación del sabor de esa sangre que se vió obligado a ingerir Juliano; *Fieras parlantes* produce una honda sensación de crueldad; *Comprimidos de vida* es de una amargura y una terneza

(Pasa a la página 13)

Carta a Juana de Ibarbourou

Buenos Aires, 5 de Mayo de 1929.

Señora Juana de Ibarbourou,

Montevideo.

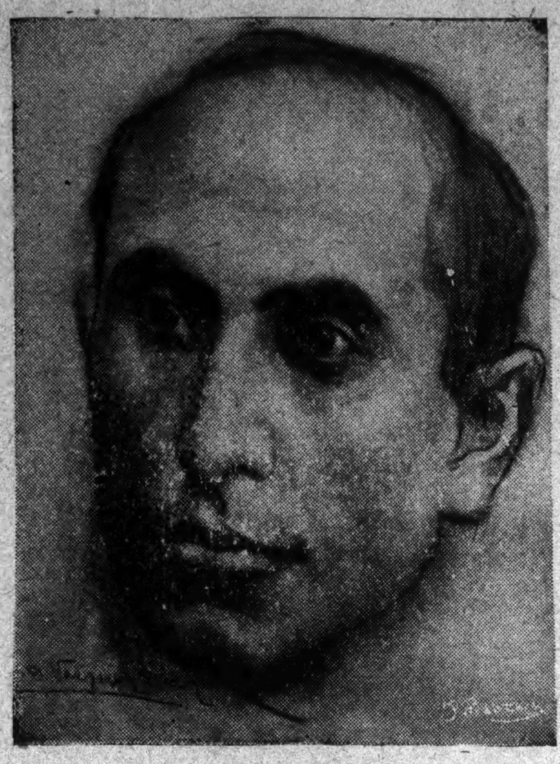
Admirada y querida Juana:

Pronto se cumplirán diez años de la muerte de Amado Nervo, acaecida en Montevideo, en el Parque Hotel, el 24 de mayo de 1919. Por marzo del siguiente año, encontrándome yo en Madrid, comenzó la publicación de las Obras Completas de Amado Nervo, cuya dirección literaria me confió el editor José Ruiz Castillo. Procedí al trabajo con ayuda de la familia y los amigos del poeta, y singularmente del escritor mexicano Genaro Estrada. El 24 de abril de 1920, dirigí una carta a mis amigos de *Nosotros*, Bianchi y Giusti, para que éstos la publicaran en su revista: «Gran parte de la obra dispersa de Amado —decía yo—se publicó en periódicos y revistas de Sud-América, y de Buenos Aires sobre todo. ¡Imposible reunir todo eso desde Madrid, si Uds. no me auxilian!» Ellos anduvieron un poco perezosos, y sospecho que todavía quedan por las revistas del Plata muchas cosas que han escapado, y hago votos porque vaya con fortuna el joven investigador Gervasio Espinosa, que se ha lanzado ya a buscarlas.

Quise proceder con todo el rigor que se pone en la edición de los clásicos, y dejé constancia de las variantes y correcciones sucesivas. Una vez la edición en marcha, acaso incurría yo,—por la misma abundancia de materiales—en errores que procuraba después ir corrigiendo en los apéndices de los tomos ulteriores (véanse, por ejemplo, los tomos XVII y XVIII). Puedo asegurar que la tarea era difícil. Ya he contado, en cierta inocente y calumniada carta que va al final del *Reloj de sol*, cómo tuve que sacar un índice de los primeros versos de cada poesía, para no enredarme con las barajas que Nervo hacía de libro a libro; cómo tuve que precaverme contra su costumbre de cambiar títulos, comienzos y finales a los cuentos o artículos que enviaba a distintos periódicos; cómo casi me ponía yo a evocar la sombra de mi llorado amigo—tratando de meterme en sus hábitos mentales, en sus formas de pensamiento—para dar con la correcta distribución y repartición en libros del inmenso montón de prosa que dejó sin recoger en volumen.

Yo hubiera preferido que las Obras de Nervo aparecieran en cinco o seis tomos compactos y empastados, de papel fino, en formato de cuarto mayor, y sin ilustraciones, pero eso no era ya asunto mío sino de mi amigo Ruiz Castillo. Éste tampoco dejaba de tener su disculpa, y yo mismo me encargué de explicarlo así a los directores de *Nosotros*: «...tales son las dificultades del papel en estos días, que no somos dueños de la elección, y tenemos que conformarnos con ese papel pluma que tendrá muchas ventajas, pero no la de permitir tomos como los que yo había soñado. Así, no ha habido más que limitarse, más o menos, a la reproducción de los tomos originales, casi libro a libro.»

Y así, dando tumbos, llegamos hasta el tomo veintiocho. Ahora veo que el editor ha acertado a juntar todo un tomo número XXIX, bien nutrido y documentado; y con singular complacencia y agradecimiento he advertido que su mano benévola se resistió a borrar mi nombre de la portada, por más que yo sea ya del todo ajeno a la elaboración de este tomo suplementario.



Amado Nervo

Por *Vásquez Díaz*

Todavía nos queda a los amigos de Nervo la tarea de ir coleccionando sus cartas, entre las cuales hay algunas de profundo valor humano. Cuando esto sea dable, se apreciará mejor la personalidad moral de Amado Nervo que, como sabemos, ejerció para muchos y para muchas un ministerio casi religioso de confidencia y de consejo. Yo, aunque he escrito ya un par de estudios (*La serenidad de Amado Nervo* y *El camino de Amado Nervo*, en mi tercera serie de *Simpatías y Diferencias*), y aunque ahora me propongo publicar otro sobre *El viaje de amor de Amado Nervo*, creo que se me queda mucho en el tintero, sólo en lo que se refiere al trazo completo de la vasta personalidad sentimental del poeta: ¡no digamos ya lo que sería el verdadero estudio técnico de su obra, y la pintura del cuadro de época literaria y política en que se produce! En este sentido, van a ayudarnos muchos libros como la *Historia de la Literatura Mexicana* que acaba de publicar Carlos González Peña y que no me canso de recomendar a todos, y la insustituible *Antología* de Genaro Estrada, que tan bien se completa, para la época posterior, con la de Jorge Cuesta, de los *Contemporáneos*.

Entre tanto, quiero comunicarle unas cuantas notas que he ido tomando al margen, relativas a la infancia de Amado, tal como se refleja en su obra:

1

«Nací en Tepic, pequeña ciudad de la costa del Pacífico, el 27 de agosto de 1870 (1). Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi Padre lo modificó, encogiéndolo. Se llamaba Amado, y me dió su nombre. Resulté, pues, Amado Nervo; y esto, que parecía pseudónimo—así lo creyeron muchos en América—y que, en todo caso, era raro, me valió quizá no poco de mi fortuna literaria. ¡Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral, o si me hubiese llamado Pérez y Pérez! (2).

»Empecé a escribir siendo muy niño; y, en cierta ocasión, una hermana mía encontró mis versos, hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escapé a un rincón. Mi padre frunció el ceño. *Y eso fué todo.* Un poco más de rigidez, y escapó para siempre. Hoy sería quizá un hombre práctico. Habría amasado una fortuna con el dinero de los demás, y mi honorabilidad y seriedad me abrirían todos los caminos. Pero mi padre sólo frunció el ceño. Por lo demás, mi madre escribía también versos, y también a hurtadillas».

(*Habla el poeta*, **Renacimiento**, Madrid, octubre de 1907, pág. 467).

2

«Cuando niño, vivía yo en un caserón desgarbado, sólido y viejo, que era como la casa solariega de la familia.

«¡Oh, mi caserón desgarbado, sólido y viejo, vendido después a vil precio, a no sé qué advenedizos que fueron a turbar el silencioso ir y venir de los queridos fantasmas!

»En su patio lamoso crecían bellos árboles del trópico, y en un rincón, el

---

Buenos Aires, 5 de Junio de 1929.

Querido García Monge:

El 24 de Mayo de 1919 murió Amado Nervo en Montevideo. Para conmemorar los diez años de su naciente eternidad, publiqué en La Nación *ese artículo sobre* El viaje de amor de Amado Nervo *que le envié a Ud., donde—con ayuda de documentos inéditos e íntimos—doy cuenta del último, hermoso y candoroso trance sentimental de nuestro poeta, que yo desconocía en absoluto antes de venir a Buenos Aires, y que me figuro que nadie conocía fuera de aquí. También dirigí a Juana de Ibarbourou la carta sobre Nervo que Ud. conoce, con el fin de ir llamando la atención, en Montevideo, sobre el aniversario. Nuestra grande y valiente Juana, a pesar de estar afligida por serios cuidados familiares, se echó a la calle a juntar voluntades para el homenaje público, logró de Carlos Zun Felde una excelente conferencia que éste leyó el día 24 de Mayo en el Centro Gallego, y organizó, en la Universidad, un acto,* una hora de fervorosa recordación para Amado Nervo, *el día 31, en que colaboraron Oribe, Heguy Velazco, Delgado, Prando, Villatoro. El acto atrajo numeroso público que llenaba el salón y la calle. «Nunca—me escribe Juana—nunca se ha visto más gente dentro y fuera de la Universidad. Si hay una supervivencia de las almas, como yo también lo creo y lo sé, la del poeta inmenso se habrá sentido otra vez muy cerca de la vida en este fervor de todo un pueblo que de veras lo admira.»*

Como quiero decir mi agradecimiento a toda América, me parece lo más natural contárselo a usted.

Un abrazo de su viejo camarada,

Alfonso Reyes

¡Ah! Pronto saldrá aquí una revista trimestral de los jóvenes: Libra. Allí también habrá algo inédito de Nervo. Esté atento, que la revista será interesante.

---

(1) La ciudad de Tepic, antes capital del *Territorio* federal de Tepic, hoy ha ascendido de categoría y de prosapia, y es capital del *Estado* de Nayarit de **Nervo.** No faltaron críticos que encontraran excesivo el homenaje, alegando el consabido argumento de que «antes habría que cumplir con la memoria de éste y de aquél». No saben, los que así razonan, para quién trabajan. Si no empezamos alguna vez ¿cuándo vamos a hacer justicia a los poetas? Conste, en todo caso, para que se disipe cierta anfibología de que yo mismo soy responsable en parte, que Amado nació el 27, y no el 24 como hemos dicho por ahí.

(2) La exquisita sensibilidad verbal de Rubén Darío supo aprovechar esta rareza del nombre de Amado Nervo:

Amado es la palabra que en querer se concreta,
Nervo, la vibración de los nervios del mal...

viejo pozo de brocal agrietado y rechinante carril servía de guarida a una tortuga, que desde el fondo y a través del tranquilo cristal del agua, nos miraba, estirando, cuando nos asomábamos, su cabeza de serpiente, como un dios asiático.

»Moraban en esa casa, con mis padres y mis hermanos, mi abuelita materna, y una tía soltera, bella, apacible, retraída y mística, que murió ha poco, en flor, y a quien tendieron en la gran sala, en un lecho blanco, nevado de azahares.» (1)

La abuela «había nacido en la época febril de las luchas por nuestra Independencia, en La Barca, donde su tío era Alcalde» (2).

Cuando el padre Hidalgo entró a la ciudad solemnemente, ella lo contemplaba, según nos contó muchas veces, »pegada a la capa de su tío el Alcalde.»

»Más tarde, mucho más tarde, asistió a la jura del Emperador Iturbide, y recordaba las luchas del pueblo por recoger las buenas onzas de oro y de plata que, para solemnizar el acontecimiento, se le arrojaban en grandes y cinceladas bandejas.»

(Las varitas de virtud.)

Por los rincones de la «desgarbada casona», revoloteaba la superstición popular. La tía mística tenía sueños fatídicos, y la abuelita hablaba de tesoros enterrados. Ya lo he contado más despacio en *El camino de Amado Nervo*.

La familia era numerosa, y constaba, además del padre y la madre, de cuatro hermanos (Amado, Juan Francisco, Luis Enrique y Rodolfo Arturo) y cinco hermanas: Virginia, Catalina —estas dos, primas carnales, hijas adoptivas de los señores Ruiz de Nervo—, María de los Angeles, Elvira y Concepción. Como se ve, una verdadera familia patriarcal, una pequeña tribu. Trece, contando a la abuelita y a la tía. Es todavía la tradición de la antigua «clientela» romana.

3

En la poesía *Vieja llave* ***(En voz baja)***, poesía por lo demás muy conocida y que he oído ya recitar en las escuelas, encontramos otra vez a la abuelita, con la vieja llave cin-

---

Fraile de los suspiros, celeste anacoreta
que tienes, en blancura, la azúcar y la sal...

Como se ve, Darío, empujado por las meras asociaciones verbales del nombre, llega fácilmente a la teoría psicológica que los modernistas tenían de sí mismos y de su moral, y que se reduce al *paralelamente*, de Paul Verlaine: Dios y Satán, oración y pecado. Nervo, que así lo creía en su primera juventud, dice «a la católica majestad de Paul Verlaine»:

Flota como el tuyo mi afán entre dos aguijones:
alma y carne, y brega con doble corriente simpática
por hallar la ubicua beldad en nefandas uniones,
y después expía y gime con lira hierática.

(1) Es la «arrimada» de las antiguas familias mexicanas, que yo mismo he conocido: a veces es una hermana soltera, a veces una hermana viuda, a veces una simple amiga, a veces una criada ascendida con los años a la calidad de esclavo familiar. Estas mujeres se sacrifican por el hogar ajeno, y renuncian a su propia vida para cuidar la casa o los hijos de la hermana, de la cuñada, de la señora a quien sirvieron desde niña. A veces son muy bellas, y todo el mundo dice: «¡Es una iniquidad!», pero así sucede (o sucedía). Hace unos tres o cuatro años, mi nodriza Paula Jaramillo me escribió todavía, desde un pueblo de mi Estado natal (Nuevo León): la pobre anciana ya no servía para nada desde hacía muchos años, pero según ella misma me explicaba, vivía «arrimada» a la familia del médico

(2) Yo, amiga Juana, también tengo que ver con La Barca, pueblo del Estado de Jalisco, famoso por su leche y sus quesos, donde a mi abuelo paterno, el Coronel Domingo Reyes, le tocó hacer jurar la Constitución de 1857. ¿Sabrá usted que *casi todos* mis antecesores varones murieron en la defensa de las instituciones liberales? Y los pocos que, como el tío Onofre, no perdieron la vida, perdieron la fortuna: el tío Onofre, que era un aristócrata, un refinado Des Esseintes provinciano, cuando tuvo que vender su cuchillería de oro, compró cubiertos de palo, porque los metales viles le daban asco.

celada pendiente de la cintura, yendo y viniendo del estrado a la cancela, de la despensa a los graneros, por los corredores de la casa, como yo mismo ví a mi madre en la infancia.

La llave, dice, ya no cierra ni abre nada: en verdad, abre para él un mundo de recuerdos. Vuelve a aparecer ante sus ojos la casa paterna, el gran ropero de antaño, el arca que se vendió, el baúl de cuero,

el mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.

Porque la zona en que el poeta nació, dominada por las corrientes del Pacífico, todavía está llena de semejantes objetos, y me aseguran que hay muchas chinerías por todo el camino de diligencia que va de Acapulco hasta México. Si por Veracruz, y a través del Atlántico, llegan a México las cosas de Europa, por la banda del Pacífico llegan los juguetes del lujo asiático, que tan bien casan con algunos productos indígenas.

Nervo habla de las porcelanas llenas de pájaros y flores, de marfiles, lacas y perfumes antiguos, de la canela,

el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales,
y la miel de los panales,
—tentación del paladar.

Y en ese ambiente, en ese aroma, hay que representarse la infancia y la vieja casa de

Nervo, con no sé qué relente, también, de pelo de muchacha recién bañada (¡toda nuestra niñez!), que he encontrado no sé en qué página perdida. «Tu torcida arquitectura»—dice de la llave,

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa oscura
(que en un día de premura
fué preciso vender mal);

es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima, y yo,
nos dijimos tantas cosas,
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó.

De esta casa sacó Nervo la vaga afición a recordar lo que no ha existido, y cierto apetito por los colores, los olores y los sabores. Es decir: misterio y voluptuosidad.

4

También tuvo un maestro de música. Pero todo, para Nervo, había de traer cierto aviso divino, cierto mensaje extraterrestre:

«Tuve, en mi niñez, un maestro de música ciego. Su sutileza era tal que, cuando entraba en una habitación, sabía inmediatamente si en ella había alguien, y dirigíase sin vacilar a la persona aquélla, enfadándose si no se le respondía, y preguntando irritado:—¿Es usted sordo?

»Al trasponer el umbral de una puerta, el ambiente de la pieza hacíale adivinar si era reducida o espaciosa».

(La alegría de los ciegos.)

y 5

Después vino el Seminario de Jacona, donde Nervo aprendió, amén de parábolas y sentencias latinas (era un poco exégeta), a cultivar sus ansias celosamente, en lo más sigiloso de su alma. Su sonrisa, hasta entonces solamente amable, comenzó a afinarse, como la del que trae un secreto bajo el manto; y con los años, acabó por hacerse magnética. En los olvidos absortos de la capilla, ante el ensueño de las lucecitas temblonas, aquella naturaleza febril iba concentrando su osmazomo.

En cierta carta íntima escrita en Montevideo en vísperas de su muerte (17 de mayo) acabo de encontrar este recuerdo:

«Los Padres Jesuitas me decían cuando era pequeño: *no discutas con el Diablo, porque es más fuerte que tú y te convencerá.* Yo le digo: no discuta con la duda. Arrójela sencillamente. Todo es verdad en Dios y en los corazones puros.»

Pero las influencias del seminario sobre aquel misticismo en ascensión, que antes de llegar a la pureza tuvo que pasar por la selva oscura de los gustos sacrílegos y por las puerilidades del arrobamiento ante los meros oropeles del culto, exigiría un estudio aparte.

Nada más por hoy, amiga mía: una simple recordación para el grande hijo de mi pueblo que tenía, como lo dijo él mismo, perfil de águila y entrañas de paloma. Su extrahumana faz trigueña y seca, hecha ya una mascarilla mortuoria (la cara que le conocieron en Montevideo, y de que nos han quedado esas últimas fotografías tan trágicas), arde a veces en mi conciencia con toda la fuerza de una verdadera aparición. Estoy por creer que me anda rondando, como aquellos fantasmas de su abuelita que venían a denunciar el sitio de los tesoros enterrados...

Besa sus manos devotamente

Alfonso Reyes

Keyserling, filósofo viandante

=De *Revista Mundial*. París. 1929.=



Keyserling

KEYSERLING se dirige a la Argentina no sé si a conquistar almas o a turbarlas. Él no viaja como turista sino como sembrador de inquietudes y ensalmador. La verdad nos liberta, dice una antigua y sagrada sentencia. Con sus enseñanzas este filósofo viandante ambiciona remidir a todos los pueblos. Se le discute o se le exalta, pero nadie permanece indiferente a su acción. Es charlatán para algunos, como para el crítico amargo y penetrante de *Le Temps*. Para otros, vidente, mago, vicario de poderes misteriosos, héroe, como aquellos de Carlyle, que son fuentes vivas de luz.

Han de escucharle atentamente en Buenos Aires, ciudad abierta a los mil vientos del espíritu. El Maestro se lamenta siempre porque nadie llega a explicar su mensaje. Los traductores le traicionan, los críticos deforman sus ideas, o a la manera de un sutil profesor francés, las reducen a estrecho sistema. A veces descubre no ignorancia sino mala fe, aspectos de un plan avieso contra él en intérpretes apresurados. Confesemos que se le ha acusado injustamente de inficionar a viejas naciones en menguante, importando ideas y mitos de Asia. Lejos de traicionar a Europa, él cree escuchar en su seno, después de la guerra, como en una Palestina inesperada, preludios de una revelación que pasmará al mundo.

Como es inquieto y prodigiosamente lúcido, cambia siempre de actitud. Cada año ofrece el libro sistemático, la lección definitiva. Nos aprestamos a leerle y a admirarle, y nuestra esperanza queda al fin defraudada. Alguna vez, en un artículo sugerí sonriendo que este director de hombres compara su excelsa misión a la de Jesús el Mago. En Cristo ama y elogia el sentido de la realidad circundante que poseen los políticos, la capacidad para llegar al hondón de las almas, el desdén a la enseñanza doctoral. De tales dones, Keyserling se enorgullece. Empero, en una carta, me reprochaba el paralelo y declaraba que se había limitado a dar a la personalidad única de Jesús un lugar entre los Magos, pero que no había querido comparar su propio yo en lo que tiene de original, su «unicidad», lo único que en el hombre importa, con el de Jesús.

Aunque no le comprendan, él se satisface si ha podido arrojar en nuevos surcos la simiente esencial. Recorre tierras sin que le incite una necesidad interior. Visita capitales por deber. En su autobiografía ha explicado que ama la soledad y a veces sueña con ser el último habitante de la tierra. Cuando llega a una ciudad, acierta a adivinar en pocos días lo fundamental. Conversa familiarmente, bebe champaña y parece agitado por un dios. *Est deus in illo*. Prodiga entonces consejos y presagios. No han de olvidarlo los argentinos. Luego, el cansancio le domina, y para restaurar su energía enflaquecida, busca el silencio y la sombra. Precisa rodearle, en próximos viajes, porque no tardará en fatigarse de enhestar gentes y, siguiendo el ejemplo de Montaigne, después de vivir para los demás, se ceñirá a vivir para sí mismo.

La casa del Sabio en Darmstadt, sin lujo y sin pobreza, como para el ejercicio de un principado espiritual, recibe a algunos peregrinos. En el gabinete de estudio abundan recuerdos de la India. Reina en el ambiente suprema paz y una generosa cordialidad. No creo, sin embargo, que persiga el nirvana, un sosiego libre de deseos, este filósofo soberanamente activo. Se mueve, al contrario, deslumbrador, perentorio y torrencial, y de él puede decirse lo que Rémy de Gourmont escribió de Paul Adam: es siempre un magnífico espectáculo. Ama el soliloquio, encanta y abruma en un monólogo apasionado. De pronto no le domina ya un dios plácido sino un demonio burlón. En sus recuerdos ha insistido sobre la parte demoniaca de su ser que combate, en su espíritu, con regiones de luz. Se agita entonces, condena, prorrumpe en sarcasmos, se burla de personalidades encumbradas, desdeña a pueblos enteros.

No le pidamos reticencias. Todo lo dice francamente, ásperamente, para turbar a espíritus soñolientos. Se dirige a las almas y usa de símbolos y de parábolas. Sólo teme a la inteligencia fría que se complace en analizar y disolver. Acaba de aguijar a los norteamericanos orgullosos de su riqueza y de su técnica, diciéndoles que son niños todavía, pequeño pueblo en suma, ni siquiera Suiza, sino un inmenso cantón de Appenzell. En otra ocasión notó que los suecos, entre los cuales discurría en plena libertad, se ufanaban porque su pueblo, manteniéndose extraño a la pasión y al dolor de Europa, se había enriquecido en la gran guerra. Les explicó esa vez que no es posible fumar en paz cigarrillos mientras suenan las trompetas del Juicio Final.

Las viejas naciones pueden ser definidas y explicadas. No así las nuevas que están en formación: crecen sin norma y carecen de tradiciones. El ilustre visitante se dirige a tierras americanas para ayudar a éstas a que manifiesten su genio particular y tengan, mañana, clara conciencia de sí. Gracias a Keyserling, los Estados Unidos van a saber lo que son. *America set free*, se denomina el ensayo que consagra al gran pueblo nórdico. Como Sócrates en el *Teetetes*, puede decir el sabio que un dios le impone como deber el ayudar a los demás cuando van a engendrar.

Invitados por el duro maestro, los argentinos harán anatomía de sí mismos. No temerá irritarles, si es necesario, el director de conciencia, con duras admoniciones y esa risa suya abundante y sonora. Luchará con tendencias nacionales y se convertirá en agitador. Desde ahora aspira a separar a los sudamericanos de los Estados Unidos y a avigorarles en el orden espiritual. Ignora que otros le han precedido en esta ruta y señalado peligros con tesón. En varios libros ha sostenido que las aristocracias verdaderas se distinguen por un noble escepticismo y saben desdeñar bienes materiales. Creo que, si nos juzga con este criterio, nos motejará o exigirá de nuestras sociedades reforma tan radical, que le seguirán pocos discípulos. En cambio, si se esfuerza en vincularnos a España, el pueblo señorial por excelencia, que ha estudiado con predilección, conquistará a vastos auditorios.

Enseñará sobre todo lo que constituye, en el mejor de sus libros, el admirable *Diario de un Filósofo*, doctrina capital. La civilización atarantada en que nos movemos, nos lleva, según él, directamente, a la esclavitud. Las fuerzas que ha desatado sin mesura, nos oprimen. Como sólo creemos en el «hombre técnico», imponemos ostracismo a los que meditan, al místico, al filósofo, al poeta, y así empobrecemos el orden del mundo. El espíritu va a ser encadenado y vencido. En vez de suntuosa diversidad, una preocupación domina, insistente y monótona. El occidental sólo aspira a luchar y a vencer, destruye sin término, obedece a estrechas razones de partido, olvida o desdeña la justicia pura. El chatria, en la India, después de haber combatido como guerrero, busca la sabiduría y la paz de Dios. Más libertad y profundidad hallamos en el hindú, más sensatez y quietud en el chino que en el europeo. Con

neologismos moteja el filósofo viciosas tendencias de Europa y de Estados Unidos: animalización, barbarización, y critica el predominio de intereses materiales, la agitación que lleva al vértigo, el culto exclusivo del progreso, de una perpetua renovación.

En vez de encerrarse en su biblioteca, el Próspero actual va de uno a otro continente avizorando amenazas. Vuelve a los viejos pueblos orientales su mirada inquieta, no para abdicar su dignidad de europeo, sino para enriquecer nuestra cultura con lecciones de medida y de serenidad. Nos invita a buscar bienes permanentes y perfección. En la sinfonía del mundo, el santo y el sabio forman, según él, notas fundamentales. En ellos culminan la historia y la nobleza de las naciones.

Francisco García Calderón

Estampas

Nos ha hecho pensar este hombre que ha ambulado tantos años miserable por la ciudad. Es cierto que sus pies no padecen ahora el maltrato de las calles, porque el asfalto ha pulido y nivelado las superficies que no ha mucho eran cuevas rocosas. Mas su desgracia sigue idéntica. En él se cumple la ley de la gravedad que Heine pone a regir a los hombres en este pasaje admirable de alguno de sus *Cuadros de Viaje:* «Es cosa que siempre se confirma que los hombres, cuando empiezan a caer, se precipitan, conforme a la ley de Newton, cada vez más de prisa». Como pasajero de un barco del Norte, llegó un día este hombre y traía juventud e impulsos. Parecía continuar el desarrollo de una vida bien disciplinada. Trabajó. Disfrutó de estimación.

Pero un día comenzó a caer blandamente, sostenido al principio por los brazos del legendario Baco. Nada desde entonces lo ha librado de su caída precipitada y mendiga en inglés, «give me some change», en un tono melancólico. Es un hombre que está casi al final de su caída, pues la ley implacable de Newton dejará de regirlo cuando en breve una sepultura lo reciba allá en el Cementerio de Milla Uno.

Si esta ruina humana que ha andado errabunda por la ciudad es apenas una forma ostensible de las que asume esa ley proteica al regir a los hombres. La embriaguez, la lujuria, los alcaloides, van haciendo monstruoso el cuerpo de un hombre. La caída es patente y estrenduosa. Pero esa ley tiene refinamientos cuando deja intacto el cuerpo y dirige su influjo al espíritu, que es lo que desde hace milenios se ha proclamado inmortal y resplandeciente en el hombre. ¡Qué vidas tan peligrosas ocupan entonces las calles de todas las ciudades del mundo! Al humanizar esa ley observó Heine a un hombre caído en la pobreza, después de haber ocupado jerarquía entre los ricos. Ese suceso lo conmovió. ¡Y nosotros, que además de la ruina alcoholizada, vamos día con día viendo tantos y tan variados individuos cuyos espíritus siguen la curva o la recta de la ley de la gravedad! Su decaimiento es marcado, pero al perder altura se les va reventando en garfios el alma. De ahí que el país sufra tanto desgarramiento. Es una numerosa constelación del mal desorbitada.

Aquí echan el zarpazo sobre vastas porciones de tierra que la previsión debe guardar intocadas. Son tierras que traspasan enseguida al vasallaje extranjero, que es el peor, porque se sorbe la soberanía. Allá obtienen una concesión valiosísima que, apenas es ley de la República, ya tiene dueño de afuera y a perpetuidad. Y no importa que el traspaso viole con descaro mandatos que nacionalizan lo concedido. Por este claro oscuro se ven los rosotros tétricos de los servidores a sueldo, por porcentaje o por protección, de cuanta fuerza conquistadora quiera vigorizar su opresión dentro del país.

A todos rige con igual intensidad esa ley fatal de la gravedad. Bajo la apariencia de querer como nadie al país, son leones del patriotismo cuando se les estigmatiza su conducta tonificada por el interés de las fuerzas que los toman a su servicio. Son falsos enardecidos. ¿Servir a dos amos a la vez? La patria desecha por inaceptable a quien no sepa amarla realmente con la entraña. Y el pescador de concesiones es un mercader y vuelve moneda cuanto acapara, sin un instante de reflexión acerca de la procedencia y fines del oro que recibe. Y el servidor incondicional del capital de afuera no se ciñe tampoco ningún freno honesto cuando tiene que defender el afianzamiento de esa fuerza conquistadora. A todos rige esa ley de gravedad tan funesta. Y lo visible que les va dejando la entraña vacilante. ¿Qué esfuerzo, grande o pequeño, precisa hacer para dar con el rumbo que van siguiendo esos sostenes remunerados? Un elemental instinto psicológico pone al extranjero dueño del capital que emigra, en posesión de la clave del triunfo. Hay que copar esas vidas que se precipitan, porque son ellas en cada país las mejores armas para las luchas que van dando medios de expansión. Con ellas se tienen recursos ilimitados para la conquista. Si el país levanta una ley previsora, esas vidas señalan al instante el modo certero de burlarla. Si la ley va a ser dictada, ellas también saben nublar el ambiente y soltar la amenaza que detendrá el curso del sol.

¡Qué funesta humanidad esa herida por la ley trágica de la ley de la gravedad! Es la que más prontamente reduce la vitalidad defensiva de una nación. Porque una patria la construyen y la destruyen sus ciudadanos. Mas si los que la quieren no ceñida a poder alguno han de cimentaria y librar a la vez batalla contra los mercenarios que la entregan, la acción es desigual y quebrantadora.

«Give me some change.» ¡Cómo es de idéntica la actitud de espíritu de todas las vidas precipitadas conforme a la ley de Newton! Esta ruina humana que al menos arrastra sus pies sobre asfalto, pide las monedas sueltas que el transeunte pueda llevar consigo. Los de cuerpo intacto hacen lo propio; sólo que el solicitado no pasa por las esquinas, sino que, como se llama Nación, extiende su presencia por todos los confines. También ellos dicen, «dadme el sobrante», pero no lo hacen a secas, sino con profunda zalamería. Piden el sobrante, que es siempre una fuente de riqueza del país. Y como no piden para sí sino para la opresión que los utiliza como puentes que salven el obstáculo, usan de innúmeros recursos, inclusive el abominable de segar la vida de quien ose señalarlos como vende patrias. La ley de Newton está con ellos y su influjo los vuelve sombríos. La Nación está llena de «sobrantes». Todo en ella son «sobrantes». ¿Para qué una unidad vigorosa? Esta vasta porción de territorio aquí, aquellas aguas generadoras de energía eléctrica allá, la concesión radiográfica hoy, mañana la de las rutas aéreas, hace una década el muelle, todos esos emporios son sobrantes que los precipitados piden y obtienen como cosa digna de explotación privada por el rendimiento, pública por el vasallaje que sobre todos extiende. El progreso, vocean los precipitados, lo recibe una Nación de afuera y mientras tales sobrantes no sean entregados a la opresión acaparadora del extranjero, el más despiadado confinamiento reinará sobre esa Nación. El monopolio extranjero transforma esos sobrantes, convirtiéndolos en cosa deslumbrante. Demos entonces todos los sobrantes.

Oh! mentes tiranizadas por la ley que Heine ha referido a los hombres! Van precipitadas «cada vez más de prisa», llenas de garras con las que deshacen una Nación, llamando sobrante la entraña misma de la soberanía. Lo que a ellas interesa es disfrutar plácidamente el instante que van viviendo. Para lo por venir no existe nada digno de custodiar virilmente al presente. No reza con ellas

---

A un paso ya del aniversario primero de su muerte, hemos recogido en un tomito de cierta elegancia algunas de las finas prosas de la que fué colaboradora distinguida en este semanario: Clara Diana.

Se titula la obrita Atardeceres, *como ella lo pidió. No se vende al público grueso este librito. Se han sacado apenas 300 ejemplares, para distribuirlos entre los amigos y estimadores de la poetisa que quieran contribuir a la edición. La cuota mínima es ₡ 2, con derecho a un ejemplar. Los que en este caso tengan interés, diríjanse al Editor del* Rep. Am. *Libre de porte, se remite* Atardeceres *al lugar que se diga.*

---

la admonición bíblica: «Todo lo que te viniera a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el sepulcro, adonde tú vas, no hay obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría».

¿Qué va a llegar a recibir moldeadura a manos que forjan esclavitud? Van para el sepulcro. En el que esta ruina de la ciudad va a podrirse dentro de breve tiempo habitan cangrejos. ¿Qué alimañas recogerán ponzoña en los sepulcros de esos azotes de una patria?

Vivir junto al mar! Recorrer sus riberas sin temor al sol o a la lluvia, a la claridad o a la oscuridad! Abrir el espíritu a las emociones de cada instante! Vivir junto al mar!

Hemos vivido y hemos disfrutado de las alegrías de este mar atlántico. Es Amiel quien habla de los paseos sin objeto? Abandonar la ciudad sin proponerse desenrrollar la carrucha de un itinerario. Salir libre de objetivo. En esta actitud de espíritu hemos recorrido siempre las vecindades del mar. Nos hemos acaudalado la vida. La sentimos fecundada por un vigor sereno. Nos conmueve el llanto de un niño, pero no nos rompe la apacibilidad. Nos enardece el ojo torvo del malvado, pero somos austeros al oponerle nuestra vida como dique. Y es que de todos los paseos sin objeto recogimos alguna sabiduría cuya luz benéfica disfrutamos hoy.

Vamos de nuevo por los trillos de la orilla del mar. ¿Qué será de esta magnificencia dentro de algunas décadas? Suena a la distancia la voz oficial que ordena la construcción de una vía cuyo término ha de ser la desembocadura de este río Moin cuyas aguas miramos acodados sobre el puente que lo cruza. Es muy grande la distancia y la voz se apaga más y más cada vez. También el vuelco constante del mar hace sordina.

«Sí, aquí morira esa vía fluvial», nos parece oír decir al río. Echarán sobre mi torrente las aguas de unas lagunas. Está bien el intento. Recibiré callado esa transfusión. Pero, ¿rejuveneceré? ¿Adquirirán alguna virtud mis aguas? ¿No se poblarán de miasmas que azoten y diezmen? ¿No se cambiará el curso de ellas? Llevo siglos de comunicarme con el mar. No quisiera perder este contacto que me ha infundido un ansia perenne de libertad. Con la prolongación de mi cauce seré de una utilidad infinita y despertaré codicias también infinitas. No creo que reciba con la transformación la virtud de no sucumbir al vasallaje. Presiento que todo el ardor oficial tiene como única meta la construcción de la vía. Malo. No debe parar allí la previsión. Los tiempos lluviosos me harán arrastrar aguas sucias, pero por virtud de mi curso el cieno irá sedimentándose y saliendo al mar. De este cieno me libro yo. Pero del cieno de los tiempos secos, del que me cargarán revolviendo el fondo y hasta el subsuelo de mi lecho, no me librará nadie. Cuando el mar crece, y juntas nuestras aguas, devuelven el curso hacia la tierra, alguna pena experimento por la visita de las fieras marinas. La confusión que establecen con su voracidad es horrible. Y es que esas fieras saben que agitando el fondo de mis aguas lanzan hacia arriba toda mi población animal. Se engullen lo que pueden. Qué será entonces cuando mi curso sea mayor y me llamen entonces fisiológicamente «arteria de comunicación»?

«Ah! ya presiento la angustia de los hombres que han visto en la prolongación de mi lecho un medio prudente de liberación de un vasallaje! En su impotencia para conservarme sin diques, lanzarán maldiciones sobre mí y pasaré a ser cosa despreciable. Sí, y en el fondo de sus corazones crepitará el deseo de que mis aguas se sequen. Y tendrán razón para juzgarme implacablemente. Al desembocar al mar estoy cruzado por el puente de un ferrocarril cuya construcción hizo sonreír, sin duda, a los hombres de la época. Lo vieron poseído de grandes virtudes libertadoras. Lo alabaron. ¿Y qué dicen hoy de él? Que es una esclavitud. Ese mismo desencanto percibo desatado contra mí. Y tendrán razón los hombres, porque cuando un bien de utilidad nacional se subordina a los designios de una opresión desatada por todos los rumbos, los males que danzan son aterradores. Pero ¿y por qué los hombres no tienen visión para salvar en beneficio de las generaciones presentes y futuras aquellas fuentes de vida de un país? Parecen atolondrados. ¿Qué aseguran ahora? Que uniendo mis aguas con las de las lagunas de la región opuesta poseerán libre una vía fluvial que rehabilite tierras y saque productos al mar, todos los productos que el sol y la lluvia hayan fecundado. Es decir, conciben una obra profundamente necesaria y de una utilidad perenne. Ah! pero no proveen el caudal de la defensa. No ven que mientras la obra adelante, el mal que ella quiere matar está recorriendo todas sus orillas, localizando puntos estratégicos para herirla en su propia vitalidad. Lo imaginan, cuando mucho, encogido de hombros en señal de indiferencia. ¡Cómo se hacen de ilusiones los hombres! Les falta austeridad.»

Ha sido también ilusión nuestra el haber oido la voz del río. Las aguas tienen de maravilla la intuición que despiertan en el alma humana. Creemos lo que el río nos ha sugerido. ¿Se hará esa canalización que anuncia al país la voz oficial? Anhelamos desde aquí, en donde río y mar se juntan atravesados por el puente de un ferrocarril que ciñe gravemente al país, que las aguas del Río Moín y las de las lagunas de Tortuguero constituyan la más espléndida vía de comunicación libre. Anhelamos que nazca bien, esto es, que no se pida a extranjero ni a criollo descastado el oro que la realice. Anhelamos que no se arriende a criollo ni a extranjero. Anhelamos que crezca fecunda para que la Nación ni la hipoteque ni la grave al satanismo devorador de soberanías y decoros. Anhelamos que sus aguas estén emponzoñadas para el barco que sea guarida de piratas; que sean cristalinas y pobladas por vientos tonificantes para la vela que aspira a ser ala.

Juan del Camino

Limón y Julio.

La obra de Lidia Bolena...

(*Viene de la página 8*)

inmensas; *Sor Felina*, un relato aplastante como un derrumbamiento.

Comprensiva del alma femenina se demuestra Lydia Bolena por la sutileza en todos sus escritos: unos amorosos, otros filosóficos, aquéllos patrióticos, éstos sociológicos, todos de una absoluta intensidad psicológica, impregnados en su mayoría de ternura inefable.

Y admira en ellos, vistos a la luz de nuestras sociedades mojigatas, la independencia intelectual con que están concebidos, el valor moral con que han sido presentados a la luz de la prensa.

Después de meditar este lindo volumen, puede declararse categóricamente que la obra de Lydia Bolena está llamada a perdurar por lo macizo de su contextura. No se trata aquí de la labor insignificante y dulzarrona de quien escribe por el placer de ver su nombre en los periódicos.

Pedro Gómez Corena

Tablero

1929

La Sociedad de Naciones *ha creado en Roma un Instituto Internacional de Cine Educativo. Eso camina, hace cosas verdaderas, camina. En el Consejo de Administración, como único miembro de la América Española, está* **Gabriela Mistral.** *Maestros y profesores de nuestra América pueden escribir al Instituto en cuestión para cuanto se relacione con el* **film** *universitario, el de enseñanza secundaria, de escuelas primarias, el de educación higiénica, agrícola, comercial, etc. Gabriela Mistral quiere que maestros y profesores le ayuden con indicaciones útiles. Pueden pedir las películas por intermedio del Instituto; pueden pedir también las direcciones de las casas editoras; pueden servirse del Instituto para lo referente a toda la rama.*

El Director del Instituto es el Dr. de Feo y la dirección del Instituto. Villa Torlonio, **Roma.**

Con Unamuno:

—Aquí, en la soledad—exclama el maestro,—yo me siento más mío. Prefiero quedarme. Trabajo por las mañanas. Después de almozar, juego mi partida de mus con tres de mis mejores amigos de Hendaya: un comerciante en ropas de mujer, un vendedor de artículos de caucho y un señor carnicero. Me place el carnicero, pues, a pesar de que nunca jugamos por plata, pone en el juego todas sus pasiones. ¡Ese carnicero juega con el alma! Para mí la pasión debe ser el eje del espíritu.

Apasionarse es tener el derecho de vivir en la vida. Lo demás es digerir la vida sin soñarla. Ustedes en historia argentina, por ejemplo, tienen un gran apasionado: Vicente Fidel López. ¡Qué historia magnífica la suya! Así se hace la historia, con nervios, con verdad, con pasión. Alberdi era otro apasionado...

...Unamuno prosigue su charla, retorciendo con los dedos la masilla. Subimos y bajamos por las lomas de Hendaya, sin preocuparnos del ambiente. Mucha gente del pueblo saluda, con cariño, al desterrado:

—*Buenas tardes, don Miguel.*

Metido en sus ideas, Unamuno se abstrae. No siempre oye los saludos. Yo contesto por él. Otras veces, se detiene a conversar con los amigos. Interroga por la salud de Fulano o de Mengano. Cerca del puente, una niña y un niño lo detienen:

—*Adiós, don Miguel.*

Unamuno acaricia la cabeza del niño. Los ojos le brillan:

—*Esta criatura se parece mucho a uno de mis hijos.*

Sigue andando. Saca de su cartera un papel amarillento, envejecido, donde está dibujada una cabeza extraña:

—*¿Ve usted este niño? Es uno de mis hijos.*

Yo mismo copié sus facciones. Murió a los ocho años de edad. ¡Una tragedia! ¡Qué luz había en sus ojos! ¡Qué luz en su silencio!

Me enseña el dibujo. Unamuno es un hábil dibujante. Veo el croquis de un niño con una enorme cabeza. Es hidrocéfalo. ¡Pero qué ojos de bondad, de inteligencia, de ternura en aquella cabeza! Son los mismos ojos de Unamuno. El dibujo me tiembla en los dedos. Se lo devuelvo, y en tanto que lo esconde religiosamente en lo profundo de un bolsillo interior, evoca con palabras sencillas los episodios de aquella pobre vida de inocencia. ¡Dulce niño amoroso que hablaba con los ojos y que se hacía entender con sus dos manecitas! Inmovilizado en su mal sin remedio, en el instante de morir, al marcharse del mundo por el sendero de los ángeles, el niño agitaba los dedos saludando a papá y a mamá...

...Conoce todas las literaturas regionales de América. Le molesta, eso sí, la abundancia de los malos poetas:

—*A menudo*—agrega—*se lamentan ustedes del exceso de mujeres que escriben en América. Sin embargo, las hay excelentes. Lo malo no son las poetisas; lo peor son los* poetisos *que nos ahogan con sus libros. En su mayor parte son poetas afeminados, de inspiración pedestre, ideológicamente desnudos. A muchos, para despistar, les da por ubicarse en la vanguardia de la literatura.*

En seguida piensa en la juventud, preocupación constante de Unamuno:

—*¡La juventud! Nuestros jóvenes hablan de la cultura física como de la panacea que salvará las razas. ¿Y cómo cultivan el músculo? Acudiendo en muchedumbres de cincuenta, sesenta o cien mil hombres, a presenciar un partido de fútbol. Son cien mil jóvenes que se están muchas horas apretujados, oprimidos, respirando los olores nauseabundos de la gente sucia. ¿A eso le llaman cultivar el músculo? ¿Es ésa la cultura física? En realidad, los que cultivan el músculo en aquella multitud de*

Dos poesías de Julio Mercado

Tierras de sol

Hay sequedad de tierra que desconoce el monte,
el monte, donde vive como un rey el jaguar.
Al llano solitario, que toca al horizonte,
lo envuelve en un incendio el resplandor solar.

Trazado con un lápiz, de un gris azul oscuro,
vislúmbrase en redor como un cerco lejano.
¿Será quizás el monte la mole de algún muro,
do yacen flechadores que velan sobre el llano?

No viene brisa alguna de las lomas peladas;
el sol, ojo de luz, reverbera en el suelo;
taciturnas y quietas se quedan las vacadas
y sus sombras se alargan hasta llegar al cielo.

Perdura en el ambiente un mágico momento:
La lámpara del sol con menos fuego arde;
se siente el bostezar del llano soñoliento;
se escucha el tardo paso de la cansada tarde.

Crepúsculo de paz. El universo entero
parece que se queda inmóvil y callado,
y resuena incongruente la voz de algún vaquero,
que suelta palabrotas al moroso ganado.

Llega al cabo la noche. Una invisible mano
descuelga sobre el mundo completa oscuridad;
un temblor de misterio sacude a todo el llano;
desciende un gran silencio de hostil inmensidad.

¡Qué de dramas se inician en montes y caminos!
Un rugido de triunfo y un grito de pavura;
furtivo deslizarse de vientres serpentinos;
fosforescentes ojos que acechan la llanura.

Al despuntar del alba, bajo un cielo azulado,
en épica refriega que miran los luceros,
cual bravos caballeros de un tiempo ya pasado,
un toro y un jaguar ya miden los aceros.

Un hilo purpurino corriéndole en el asta,
desplómase el titán, sangrando por la herida.
Sin músicas ni aplausos, en la llanura vasta,
allí por la manada heroico da la vida.

Abajo, como un mar se extiende la llanura;
arriba, cual promesa, el celeste esplendor,
Tierra de pedregales y virgen de verdura,
buena para la lucha, jamás para el amor.

Tal tierra no hubo nunca ni historias ni leyendas,
ni rey de barbas rubias ni paladín de maza;
sólo indios de caballo aún vagan por sus sendas...
No es un nido de paz sino un campo de caza.

Tierras, hijas del sol, de todos olvidadas;
diafanidad del cielo y claridad del día;
tierras más bien de brujas y duendes que de hadas,
faltas de rimadores, mas llenas de poesía.

Paisaje blanco

Silba furioso el viento y crujen las ventanas;
la nieve en remolinos cae compacta y leve;
es el misterio tal que me dan grandes ganas
de perderme en las calles o deshacerme en nieve.

Va y viene como sombras embozada la gente;
jadean como potros ya cansados los coches...
La ciudad alumbrada, si vista desde el puente,
es una aparición de las Mil y una Noches.

Se extiende por la inmensa ciudad, jamás dormida,
la inmaculada albura de tejado y alero,
y la luz, que en los copos de nieve va prendida,
a veces tiene como destellos de lucero.

Esta blancura nívea que a la tierra engalana
y en el ambiente flota cual transparente velo,
el sol ha de tocar, si sale en la mañana,
con reflejos violados en la nieve y el cielo.

Arrecia la nevasca. Dentro, música y fiesta,
mientras el viento azota de la ciudad el flanco.
Una torre vecina, solitaria y enhiesta,
cual una blanca duna se destaca en lo blanco.

Mas tal paisaje mágico perderá su poesía
con vulgares escenas y prosaicos detalles;
principiará mañana la rutina del día
y una tropa de vagos limpiando irá las calles.

Julio Mercado
(De Colombia)

Nueva York, Junio, 1929.

cien mil almas son los once jugadores de cada team. Los demás, son cien mil sardinas en su salsa. El mejor ejercicio físico está en el canto y en el baile. La juventud debe bailar, cantar, reír. Los grandes bailarines y los grandes cantantes llegan a la vejez. Los grandes deportistas no llegan nunca a vivir cuarenta años...

...Habla, con maestría, de los personajes imaginarios de sus novelas y de sus obras de teatro, mezclándolos, a propósito, con los personajes de la vida real.

Trae a colación la abundancia de pordioseros que ambulan por los caminos españoles:

—*¡Qué talento tienen! El mendigo español es el más digno de su estirpe. Pide con aristocracia, con dignidad, con nobleza. Uno de ellos me dijo: «Los pordioseros tenemos los mismos privilegios de los ricos. Los ricos pasan por encima de las leyes; nosotros por debajo...»*

Describe al personaje de una de sus novelas. Es un príncipe combo de sabe Dios qué reino de su imaginación:

—*Es un mentiroso*—exclama Unamuno retorciendo, con furor la masilla.—*Nunca dice la verdad. Y si alguna vez la dice, miente, porque no cree en la verdad que está diciendo.*

Recuerda, de pronto, a Eça de Queirós:

—*¡Ese sí que era el más grande ironista contemporáneo! Anatole France, en cambio, no me ha gustado nunca con su ironía afeminada, dañina, estéril, que destruye sin edificar. Alguien cree poder destruir la maldad con la ironía. ¡Ingenuo! ¿Vencer con cosquillitas a un perisodáctilo?...*

(Abre Unamuno su libreta de poesías inéditas y lee:)

¡Ironía! ¡Ironía! ¿Hacer cosquillas
al rinoceronte
para sacarle así de sus casillas
y que se remonte?

Y a continuación:

«Se hicieron cazadores de conceptos
los hijos del linaje de Nemrod;
ya no han caza y se dan con sus adeptos,
—equipo aristotélico—al *footgod.*

...Cree que los americanos del sur deben hacer, a semejanza de los españoles, una revisión de la literatura del siglo XIX. Es menester averiguar, resolver, sacar a flote las joyas olvidadas. No debe haber sido tan estúpido el siglo que permitió y preparó el advenimiento de generaciones tan sólidas como las que están apareciendo.

...De improviso resuelve marcharse. Es más de media noche. Doce horas de charla... Saca de su bolsillo la gorra de vasco. Es como un solideo.

—*¿Olvidó su abrigo, don Miguel?*

Las señoritas de Rega Molina le ofrecen un poncho. Se detiene en la escalera para agradecer, hablando desde abajo:

—*No. ¡Gracias! No he traído el gabán por una razón muy sencilla: porque no le tengo. El último que tuve no lo usaba nunca. Me molestaba. Y mi mujer, viendo que el gabán envejecía en el armario, lo achicó para uno de mis hijos. ¡Hace ya mucho tiempo!*

Desciende por la escalera con la ligereza ruidosa de un muchacho. Una vez abajo, en el *hall*, se vuelve para preguntar con voz potente:

—*¿Les ha gustado España, señoritas?*

Y cuando todas las criollas, en coro, le responden con un grito sonoro y canoro de *¡Viva España!*, el glorioso maestro se quita la gorra y se enjuga los ojos. Llora el viejo león, agradecido. (Mi hijita baja, entonces corriendo y le da un beso en nombre de todas las almas de América que adoran a España.)

Soiza Reylly

(*Caras y Caretas*. Bs. As.)

En Paita

El *Aysen* va a partir. Los vendedores dan por nada lo que hoy valía cinco o seis libras. Un recrudecimiento de discusiones agita breves tumultos movedizos.

Una indígena, cuya vejez personal se duplica de una vejez de raza, se atarda llevando sobre su hombro un loro disparatadamente coloreado, que se complace en la algarabía cortándola con chillidos, balanceándose como un director de orquesta. La anciana costea la marcha de sus compañeros, con evidente repugnancia por pisotones y codazos. Pero un marinero inglés la empuja con toda la grosería que le otorga la superioridad de su raza. Él ha dividido su vida en lotes y va ingiriéndola sin paladear. Sólo los réprobos, en su entendimiento, se atardan a la vera de la civilización, y es bueno saber dictar leyes con varas.

La viejecita levanta hacia nosotros su primitivo rostro incásico, y, tomándonos por testigos, dice simplemente:

—Gringos groseros.

Atahualpa debió pensar lo mismo ante la codicia que hacía oro de sus dioses. Tal vez los últimos sobrevivientes de la raza usen las mismas palabras, cuando desaparezcan bajo una grosería definitiva.

RICARDO GÜIRALDES,

Xaimaca (1923).
Envío de ***P. H. U.***

***Montevideo,** Uruguay, junio 6.— Inspirado en el propósito de cooperar a la decisión de los poderes públicos que han tomado la iniciativa para* restringir en lo posible el aumento del consumo de artículos de lujo, *el Banco de la República ha resuelto no realizar en el futuro operaciones de crédito que tengan por objeto facilitar, tanto de parte de los importadores como del público,* la compra de automóviles.

Además, el mencionado instituto bancario, ha elevado también a ocho por ciento el tipo de interés en las operaciones vigentes por ese concepto.

(*La Prensa*. Nueva York.)



La Edad de Oro

Lecturas complementarias para muchachos

Suplemento al Repertorio Americano

Vicente Cochocho

= De *Las Memorias de Mamá Blanca*. París. 1929 =

...Así, peor que mal vestido, simple peón de Piedra Azul, sin derechos de medianería, de bueyes, rancho ni conuco, Vicente Cochocho fué uno de los amigos tutelares de nuestra infancia. Hace casi setenta años que sus pies descalzos, negros, cortísimos y abiertos en forma de abanico no hacen florecer el ramo de sus cinco dedos sobre el polvo de este mundo, pero su memoria querida y oscura, tan digna de la gloria, vive con honor en mi recuerdo. Aquí tiene su calle, su estatua y su mausoleo. Los mereció por su valer y virtudes al igual de los más grandes de la tierra. Sé muy bien que pasaré algún día, ¡también pasan las ciudades!, entonces, y sólo entonces, sepultada entre mis ruinas su memoria morirá conmigo.

Cochocho no era un apellido, era un apodo. Nuestro gran amigo tutelar Vicente ni calzaba zapatos ni calzaba apellido. Cochocho, perdóneme otra vez, quiere decir piojo, pero un piojo tan despreciable que ni siquiera se encuentra en el diccionario. Para dar con él hay que ir, según creo, a los Llanos de Venezuela y buscarlo con paciencia entre la piel o crines del ganado, no sé bien. Yo nunca lo vi, pero a juzgar por su homónimo Vicente, quien llevaba tal nombre con la misma naturalidad elegante con que ciertos grandes llevan sus títulos, un cochocho, debe ser, sencillamente, horrible. ¡Ah, mi querido Vicente, no te ofendas por esta deducción en la paz de tu descanso: acuérdate que fué tu arte y tu más alta gloria la de haber embellecido la fealdad!

Vicente, que era grande por la bondad de su alma, no podía ser más pequeño en cuanto a estatura física. Apenas le llevaría unos cuatro o cinco dedos a Aurora, quien, dicho sea con justicia, era alta para tener siete años. Ambas dimensiones, la del cuerpo y la del alma, lo acercaban a nosotras, que éramos pequeñas de tamaño y que siendo inocentes buscábamos la bondad naturalmente por consonancia o por amor a la armonía.

Una circunstancia imperiosa de orden material contribuía también a unirnos con Vicente: era la frecuencia del trato. El puesto «oficial» por decir así de Vicente Cochocho era el de paleador de la acequia. Quiero decir con esto que cada dos semanas pasaba cuatro o cinco días metido en el barro hasta más arriba de las rodillas, con una pala en la mano, amontonando a uno y otro lado de la acequia grande cuanto sedimento hubiese depositado el agua de dos semanas. Como tal cosa tenía lugar lejos de la casa, durante ese lapso quincenal, Vicente se eclipsaba a nuestros ojos. Pero el resto del tiempo sus variados quehaceres quedaban adheridos a la casa y sus dependencias. A veces, muy raras veces, emburraba caña en el trapiche. Había que verlo entonces empinándose en un tramo para poder alcanzar al igual de los demás emburradores la marcha lenta de los tres cilindros. Siempre alcanzaba y los cilindros, sin decir «muchas gracias» devoraban majestuosos la caña que con tanto esfuerzo les daba a comer Vicente. Pero, repito, esto no era frecuente. Quehaceres más consonos con su estatura lo tenían oscilando casi siempre alrededor de la casa.

Generalmente, era Vicente quien ayudaba a limpiar la caballeriza y curaba los caballos y las vacas enfermas; era Vicente quien enviado por Mamá se subía a los árboles del huerto y cogía las frutas en sazón; era Vicente quien salía con el burro montaña arriba o callejón abajo a buscar leña, hojas de plátano para las hallacas, hojas de maíz para las hallaquitas, bejuco de cadena para mi pelo, legumbres, aguacates, papelones o cualquier cosa que se necesitara de improviso en la cocina; era Vicente quien remendaba puertas y alambrados en el corral de las gallinas; quien cazaba de noche los rabopelados, quien armado de una azada y una pala cavaba un hoyo en el huerto o en el jardín si es que Papá deseaba sembrar una planta nueva; era Vicente quien gobernando las aguas al igual de Neptuno, con los pies apoyados a uno y otro borde de la represa, levantaba la compuerta y, como quien desata una fiera, desataba el espléndido tumulto del chorrerón y era por fin Vicente, quien, en cuclillas, adherido al piso, lo mismo que en su homónimo al ganado con el cuchillo puntiagudo que solía llevar en la cintura, arrancaba pacientemente las briznas de hierba que crecían obstinadas por entre las piedras, lajas y ladrillos de los corredores y patios de Piedra Azul.

Cuando Vicente Cochocho deshierbaba las lajas recogido en cuclillas, verlo desde lejos, era lo mismo que ver un sapo en el momento en que ya va a saltar. En su cabeza chata y cordial se aliaba humildemente el indio con el negro, cada cual en su puesto, con mucha mansedumbre y sin nunca dirigir malevolentes su alianza contra el blanco. El pelo de la cabeza, donde mandaba el negro, era un mullido colchón lanudo, mientras que el bozo, dominado por el indio, era tan ralo, tan tieso, tan poca cosa, que nosotras le decíamos con cariño (esto era original de Violeta) Vicente Cochocho, bigotes de cucaracha.

Según parece, Vicente, quien a igual de los sapos y de los cochochos no tenía a simple vista edad ninguna, era viejo. Sus piernas cortas y torcidas siempre en trato íntimo con tierra y agua, siempre desnudas hasta la rodilla, siempre salpicadas de barro no daban impresión de suciedad o descuido, ni podían inspirar asco. ¿Son sucios los helechos que besa la corriente y espolvorea la tierra? ¿Dan asco las raíces que se arrastran al nivel del suelo entre el polvo hermano y la lluvia santa?

Pero Evelyn, que entendía las cosas de otro modo, había declarado que Vicente era un ser inmundo digno del mayor asco, que siendo él, ya de por sí, un piojo, debía tener la cabeza cundida de ellos, y que por consiguiente no debíamos acercarnos a su persona en ninguna forma y bajo ningún pretexto. Inútil es decir que nuestra adhesión a Vicente Cochocho, espoleada así por la persecución y realzada por el atractivo inmenso de lo prohibido, tomaba incremento a todas horas. ¿Qué vale en efecto un amor que no se contraría, y qué una amistad por la cual no se ha luchado? Al distinguir de lejos a Vicente cavando en el jardín, o en cuclillas, deshierbando el patio, corríamos todas y lo rodeábamos de cerca con pasión. Entonces, el más mínimo de sus movimientos, la menor de sus palabras, interesantes ya de por sí, amenazados por la intervención policial de Evelyn, adquirían un sabor y un precio extraordinario.

En el fondo, hoy lo comprendo, la guerra a muerte que Evelyn declaraba diariamente a nuestro querido Cochocho tenía por base un complicado y personal odio de raza. Por eso era encarnizada y sin tregua. Evelyn, que tenía tres cuartos de sangre blanca, maldecía con ellos su cuarto de sangre negra. Como no le era posible maltratar su negro en ella, le pasaba poderes a Vicente y lo maltrataba en él. A cada instante trataba de empeñar el prestigio de Cochocho en el ánimo de sus prosélitas o sea en nuestros ánimos, pero sin éxito ninguno, mejor dicho, con resultados inversos. No perdía ocasión. Si una de nosotras se había derramado en el vestido un plato de sopa, o una taza de chocolate, Evelyn, desesperada contemplaba un instante a la manchada y la reprendía así:

—Por atolondrada y por no poner cuidado estás ahora sucia: ¡como Vicente Cochocho!

Bajo el chocolate o la sopa, nuestro amor a Vicente, subía de dos a tres grados.

Si tenía lugar una de esas acciones reprochables que indican falta de cortesía o cultura, al punto, encarándose con la culpable, Evelyn interrogaba sarcástica:

—Eso tan lindo, eso tan precioso, ¿lo aprendiste, no es verdad, con el señor don Vicente Cochocho?

Nuestro amor crecía.

Si nos hallaba de improviso rodeando a Vicente en pleno patio, se precipitaba sobre nuestro círculo de amor y lo desbarataba preguntando con una discreción terrible, en la cual pululaban las ofensas:

—¿Qué he dicho ya más de mil veces? ¿Qué está prohibido aquí siempre?

Vicente sabía muy bien lo que estaba prohibido aquí siempre, y lo que se había dicho ya más de mil veces. Sin embargo, ante el vejamen no protestaba: continuaba paciente con su cuchillo, arranca que arranca la hierba terca. Su alma desconocía el odio. Siendo casi del mundo de los vegetales aceptaba sin quejarse las iniquidades de los hombres y las injusticias de la naturaleza. Hundido en la acequia o adherido a las lajas, zahiriéranlo o no, seguía como un buen vegetal dando impasible sus frutas y sus flores.

Teresa de la Parra

(Concluirá en la próxima entrega.)

Imprenta, Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, Costa Rica